

arte ka

**EL FRANQUISMO,
DICTADURA DE
CLASE**



—A nalizar el franquismo no puede ser un ejercicio de nostalgia antifascista domesticada ni de arqueología moral. En cambio, nuestra divisa es que el Régimen se transformó y modernizó porque así lo exigía el orden internacional victorioso, y que la tarea pendiente no es perfeccionar el disfraz democrata que parió, sino superar de una vez el sistema de dominación de clase que la sostiene.

6	EDITORIAL Arteka	El franquismo: garante de un orden
8	COLABORACIÓN Marina Segovia	Apoyos sociales y bases ideológicas del franquismo (1939-1975)
22	COLABORACIÓN Lisabe Velasco	La larga sombra de la posguerra: la supervivencia del franquismo tras la Segunda Guerra Mundial
36	COLABORACIÓN Jon Larrabide	Coordenadas generales del franquismo
50	COLABORACIÓN Leire Andino	El franquismo: la columna oculta de la estabilidad del capitalismo español
66	COLABORACIÓN Leire Laborda	El franquismo y las lenguas

El franquismo: garante de un orden

Editorial

En este 50 aniversario de la muerte de Franco ha habido un gran esfuerzo por convertir esta efeméride en una apología de la Transición y la democracia parlamentaria en la que se transformó la dictadura de la clase burguesa tras la muerte del dictador. Casi 45 años después de la tentativa del golpe de Tejero, el ala izquierda del partido del orden, con el decrepito PSOE a la cabeza, sigue azuzando la sombra del franquismo para tratar de convencernos de que lo que vivimos hoy, por muy malo que sea, debe ser admirado y apreciado, por ser mejor que aquellos oscuros 36 años de dictadura franquista.

Esa resignación y conformismo forzado han sido la clave para ahogar las posibilidades revolucionarias que han existido en el Estado español, especialmente en Euskal Herria, a lo largo de varias generaciones. De hecho, gracias al terror infundido en las masas a través de los 150.000 ejecutados en la guerra y la posguerra, y otros 25.000 después, el verdugo de aquella carnicería de proletarios murió plácidamente en la cama, con la conciencia tranquila de quien ha cumplido su papel. El franquismo, al igual que el resto del fascismo contemporáneo al mismo, fue un golpe de timón de la burguesía que veía en peligro su privilegio de explotador.

Analizar el franquismo no puede ser un ejercicio de nostalgia antifascista domesticada ni de arqueología moral. En cambio, nuestra divisa es que el Régimen se transformó y modernizó porque así lo exigía el orden internacional victorioso, y que la tarea pendiente no es perfeccionar el disfraz demócrata que parió, sino superar de una vez el sistema de dominación de clase que la sostiene.

Así, aterrados por el viento rojo que llegaba del Este, los capitalistas no dudaron en suspender el Estado liberal para purgar la militancia revolucionaria, llevándola casi a la extinción por muerte, tortura o exilio.

Es por eso que la Guerra Civil, la dictadura franquista y el orden social posterior a la Transición siguen un mismo hilo en la causa de aplastar la opción revolucionaria y mantener la dictadura de la burguesía. Así, bajo la nueva forma que adoptó este dominio de clase con la carta magna de 1978, se encontraron los mismos políticos, los mismos jueces, los mismos empresarios, los mismos militares, los mismos medios, los mismos policías...

El representante del ala izquierda del partido del orden por excelencia, el PSOE, sin embargo, insiste en festejar y reforzar la idea de una hiato completo a la muerte del dictador, de un abismo en el funcionamiento de la sociedad, de ensalzar las figuras que lideraron el cambio. Al fin y al cabo, de relegar el franquismo a ser un capítulo oscuro y aislado en la historia del Estado, una desviación momentánea. En definitiva, una enajenación transitoria del Estado que remendó Felipe González al tomar las riendas del mismo, y corramos un tupido velo sobre la ZEN, los GAL, la heroína, los Pactos de la Moncloa, el desempleo, el estado de las autonomías, la OTAN, etc.

El ala derecha del partido de la burguesía, por su parte, ni siquiera puede hacer campaña electoral con ese oscuro pasado, así que opta por el negacionismo. Acusa de abrir heridas cerradas a quien quiera siquiera abrir cunetas y condena de guerracivilismo cualquier lectura de la política actual basada en el análisis materialista histórico del pasado. Al menos a esto se limitaban en gran medida hasta ahora, pues este disimulo mal actuado va perdiendo las vergüenzas conforme comprueba la impunidad del fascismo, y va convirtiéndose en apología descarada de águilas de San Juan y brazos en alto.

Lo que tienen en común, salvando las obvias distancias, es que ambos bloques políticos actúan como garantes del mismo orden social heredado del franquismo: uno, maquillándolo con retórica democrática y memorialista vacía; el otro, reivindicándolo sin complejos a medida que la política de conciliación de clase de los primeros lo permite. Ambos coinciden en señalar cualquier cuestionamiento de fondo como un peligro para la democracia, en desactivar toda lectura de clase del pasado y del presente, y en reducir la memoria histórica a un campo de disputa simbólica inocua. Frente a esta pinza, analizar el franquismo no puede ser un ejercicio de nostalgia antifascista domesticada ni de arqueología moral. En cambio, nuestra divisa es que el Régimen se transformó y modernizó porque así lo exigía el orden internacional victorioso, y que la tarea pendiente no es perfeccionar el disfraz demócrata que parió, sino superar de una vez el sistema de dominación de clase que la sostiene. ●

APOYOS SOCIALES Y BASES IDEOLÓGICAS DEL FRANQUISMO (1939-1975)

Texto — **Marina Segovia**
Imagen — **Amaiur Ruiz**



Dimitrov afirmó en su informe sobre el fascismo presentado en el VII Congreso de la Internacional Comunista que el desarrollo del fascismo y la propia dictadura fascista revisten en los distintos países de *formas diferentes*, según las condiciones históricas, sociales y económicas, las particularidades nacionales y la posición internacional de cada país. A pesar de las similitudes ideológicas con otros procesos europeos inspirados en el fascismo italiano, el desarrollo del fascismo español muestra unas peculiaridades asociadas a la distribución desigual de la tierra, el peso de la Iglesia católica, el desarrollo limitado y tardío de la burguesía y una implantada tradición reaccionaria. El Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP) y el Partido Nacional Fascista (PNF) de Mussolini se habían hecho con el Parlamento por medio de la manipulación del sistema político democrático. En el caso de Mussolini, tras la Marcha de Roma llegó a un acuerdo con el rey Víctor Manuel III y se convirtió en jefe de Gobierno. Aprovechando el apoyo del monarca y de las élites, creó una ley electoral que beneficiaba a los ganadores (la Ley Acerbo), y que dio la mayoría absoluta a la lista *Nazionale* en la que se presentaban, en coalición, fascistas, conservadores y liberales. Bien es sabido que la debilidad de la República de Weimar y los éxitos electorales nazis llevaron al presidente alemán Paul von Hindenburg a nombrar canciller a Hitler.

Algo diferente es el caso del Estado español, donde el naufragio de la experiencia autoritaria que había significado la dictadura de Primo de Rivera y la proclamación de la II República supuso un duro revés para la derecha monárquica. Fragmentada y desunida, desde el primer momento adoptó una estrategia conspiratoria contra el nuevo régimen democrático liberal. Falangistas y tradicionalistas aparecen enfrentados y disgregados en una sopa de siglas. Ramiro Ledesma y Onésimo Redondo habían fundado las Juntas de Ofensiva Nacionalsindicalista (JONS), fusionadas en 1934 con la Falange Española fundada por José Antonio Primo de Rivera. Si bien la unificación supuso un empujón para ambos, hasta 1936 fueron un partido minoritario e irremediablemente asociado al estamento de los “señoritos”. Entre los primeros admiradores de José Antonio predominaban los jóvenes universitarios de origen burgués, y sus primeros intentos de atraer a las clases trabajadoras, generalmente próximas a UGT y CNT, resultaron estériles.

El golpe de Estado y la Guerra Civil, apoyados por las élites económicas y sociales, militares y eclesiásticas, favorecieron extraordinariamente a falangistas y tradicionalistas. Los métodos escuadristas y la dialéctica violenta de falangistas y jonsistas los situaban en mejores condiciones que a la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) para incorporar a sus filas a los civiles deseosos de movilizarse. Por su parte, desde sus bastiones históricos, los requetés tradicionalistas entendieron la contienda como una nueva guerra carlista. Frente al caso italiano y alemán, el papel del estamento militar fue clave en el desenlace de la Guerra Civil española, y los intereses de los militares africanistas desplazaron a los partidos fascistas, a quienes Franco convertiría en instrumento político bajo su liderazgo.

El final de la guerra dio origen a un periodo homogéneo y al mismo tiempo inseparable de los acontecimientos que la preceden, es decir, la fallida revolución social y la Guerra Civil. Se había truncado un proceso histórico, pero es evidente que el franquismo no es una manifestación espontánea, sino el resultado de una suma de antecedentes que nos lleva a retrotraernos al régimen político de la Restauración.

Dimitrov afirmó en su informe sobre el fascismo presentado en el VII Congreso de la Internacional Comunista que el desarrollo del fascismo y la propia dictadura fascista revisten en los distintos países de formas diferentes, según las condiciones históricas, sociales y económicas, las particularidades nacionales y la posición internacional de cada país

EL SIGLO DE LOS PRONUNCIAMIENTOS

Durante el siglo XIX, los progresistas a menudo solo podían intervenir en política mediante la sublevación militar, puesto que, desde la regencia de María Cristina y el reinado de Isabel II en adelante, los borbones favorecieron Gobiernos moderados y conservadores. El término de “pronunciamiento” se acuña cuando Riego se pronunció en Cabezas de San Juan contra el régimen absolutista restaurado de Fernando VII en 1820, aunque no sería el primer pronunciamiento militar. En el Sexenio Absolutista proliferaron los pronunciamientos de signo liberal: Espoz y Mina en 1814, Díaz Porlier en 1815, Richart en 1816, o Lacy y Milans del Bosch en 1817, todos ellos fallidos hasta el pronunciamiento de Riego. La restauración absolutista a partir de la intervención de los Cien Mil Hijos de San Luis inauguró la Década Absolutista. En esa época hay que destacar el pronunciamiento liberal del coronel Valdés en 1824, los de signo absolutista de Bessières y Capapé en ese mismo año, y, sobre todo, el del liberal de Torrijos en 1831. Con las guerras carlistas, el protagonismo del estamento militar

aumentó aún más y se normalizó la intervención de los militares en la política parlamentaria. La época del Estatuto Real, a partir de 1834, se caracterizó por su inestabilidad política, con pronunciamientos progresistas como los del teniente Cordero y de Quesada en 1835, pronunciamiento que desembocó en el motín de los sargentos de la Granja en agosto de 1836 que restableció la Constitución de 1812. La reina gobernadora María Cristina terminaría su regencia con la subida al poder del general Espartero. Los progresistas recurrieron a los pronunciamientos para intentar conquistar el poder durante el monopolio en la conocida como Década Moderada, en el período inicial del reinado efectivo de Isabel II.

Con el tiempo, la autonomía militar fue creciendo respecto a las opciones políticas. La injerencia militar no buscaba necesariamente favorecer a una facción o partido político, como había sido habitual hasta entonces. Este cambio obedece a distintas causas y comenzó a gestarse en el Sexenio Democrático. La inestabilidad política que conllevaron los dos regímenes –monarquía



democrática de Amadeo I y I República-, la guerra de Cuba y la tercera guerra carlista, y el ímpetu del movimiento obrero y del cantonalismo generó en los cuarteles una nueva actitud más proclive a la defensa de los intereses corporativos de la oficialidad, alejándose de las opciones partidistas. Esta autonomía hacia los partidos y opciones políticas terminaría por triunfar en el sistema canovista de la Restauración. Cánovas hizo un esfuerzo para que los militares se mantuviesen al margen del fragor político con evidente éxito; sin embargo, el Desastre de 1898 trastocaría esta situación y generaría, junto con otros factores, un creciente militarismo.

A su vez, otra razón de la deriva reaccionaria del estamento militar y de amplias capas sociales debe rastrearse en el proceso de construcción de una identidad nacional, muy ligado a la difusión del mito del pueblo como luchador heroico por la libertad nacional.

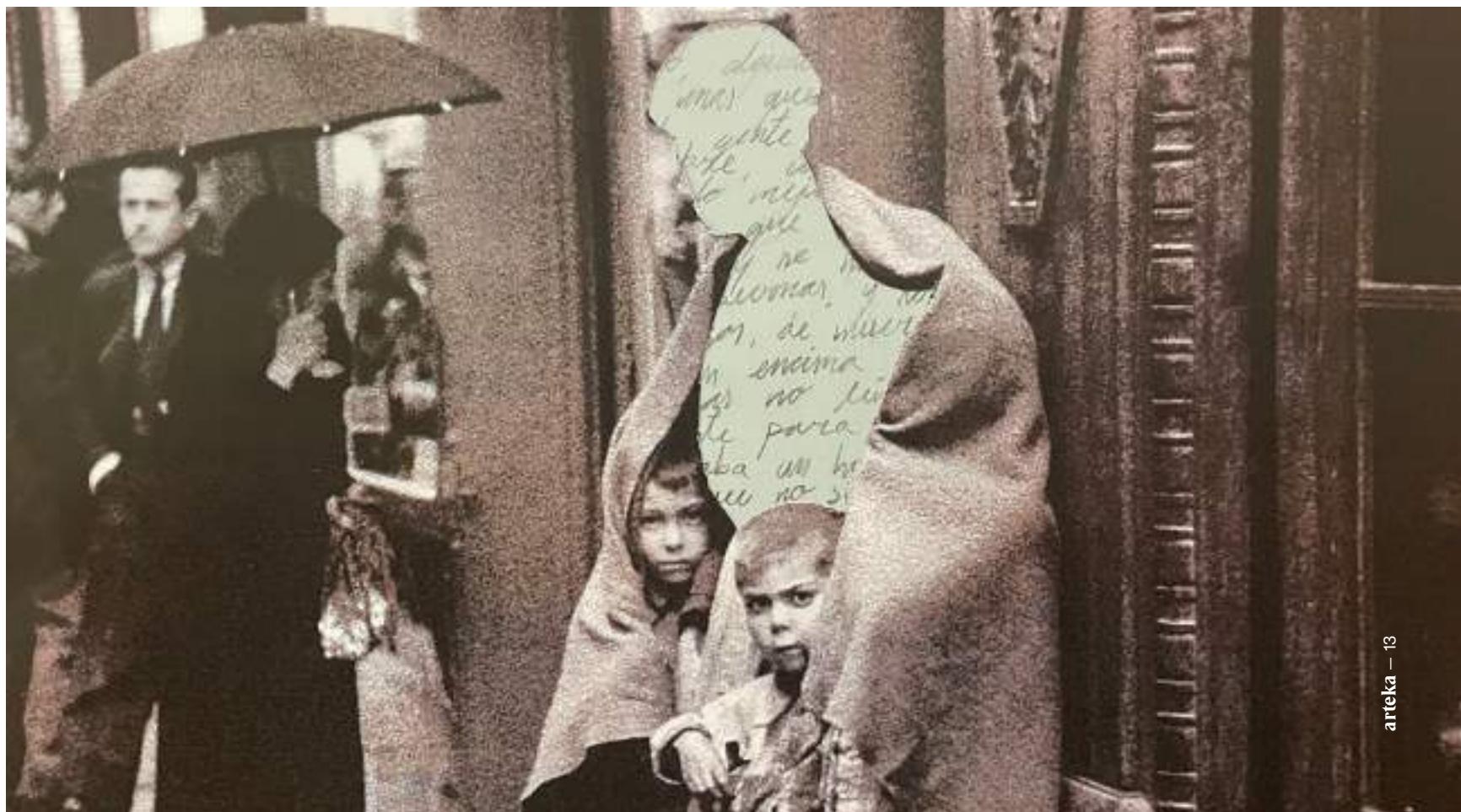
A finales de siglo, la tendencia conservadora se vio agravada con el conocido como "Desastre del 98", que supuso la pérdida de las últimas posesiones coloniales españolas. A medida que se recrudecía la guerra de Cuba, la animadversión al reclutamiento militar originó protestas y explosiones de descontento popular ante los temidos sorteos de quintos, de los que las familias adineradas podían librarse a cambio de una contribución. Realmente, el relato del desastre que siguió a la derrota respondía a las inquietudes de ciertos sectores intelectuales y de clase media, y no plasmaba el sentir de las clases populares, aliviadas por el fin de la odiosa "contribución de sangre". Mientras que las potencias europeas en auge consolidaban sus imperios en la Conferencia de Berlín, se generalizó entre la intelectualidad europea una visión peyorativa en torno a las "naciones moribundas" y la decadencia de la "raza latina". Como respuesta al duro golpe emocional y la humillación que había supuesto la derrota, periodistas, escritores y políticos liberales propusieron la regeneración de España. Las propuestas regeneracionistas, críticas con

la corrupción, el falseamiento electoral y el caciquismo, proponían una profunda reforma del sistema político desde el poder. El escritor y político regeneracionista Joaquín Costa proponía en 1902, en su obra *Oligarquía y caciquismo* como forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla, la actuación de un cirujano de hierro encargado de curar los males del país: "(...) Esa política quirúrgica, repito, tiene que ser cargo personal de un cirujano de hierro, que conozca bien la anatomía del pueblo español y sienta por él una compasión infinita (...)".

Esta figura, que necesariamente debía provenir del ámbito militar, fue encarnada por Miguel Primo de Rivera, quien, adoptando las ideas regeneracionistas propuestas por Costa, se identificaba a sí mismo como el cirujano que debía poner fin al sistema político de la Restauración.

A su vez, durante la Restauración, el estamento militar experimentó una profunda transformación. En las primeras décadas del siglo XX se observa el tránsito desde una amplia tendencia liberal-progresista -considerada en su momento como exaltada- hacia una mentalidad marcadamente reaccionaria, imposible de comprender sin el componente del africanismo, consolidado a partir de 1921 con el establecimiento del protectorado español en Marruecos. Surgió entonces un grupo de oficiales que compartían una misma visión del mundo, cohesionados por fuertes lazos de solidaridad y por una identidad común forjada en las campañas marroquíes. Esta "familia castrense", cuyas raíces se remontan a la crisis imperialista de 1898, halló en la Academia General Militar de Zaragoza su principal instrumento de influencia en el periodo posbético colonial. En el protectorado de Marruecos se forjó una generación de oficiales -como Francisco Franco, José Sanjurjo o Emilio Mola- que compartían una visión autoritaria de la nación. Dotados de recursos y convencidos de la necesidad espiritual de "regenerar" España, liderarían el golpe de Estado de julio de 1936 que desencadenó la Guerra Civil.

El escritor y político regeneracionista Joaquín Costa proponía en 1902, en su obra *Oligarquía y caciquismo* como forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla, la actuación de un cirujano de hierro encargado de curar los males del país: "(...) Esa política quirúrgica, repito, tiene que ser cargo personal de un cirujano de hierro, que conozca bien la anatomía del pueblo español y sienta por él una compasión infinita (...)"



Esta “familia castrense” formada por un grupo de oficiales que compartían una misma visión del mundo y cuyas raíces se remontan a la crisis imperialista de 1898, halló en la Academia General Militar de Zaragoza su principal instrumento de influencia en el periodo posbético colonial. En el Protectorado de Marruecos se forjó una generación de oficiales – como Francisco Franco, José Sanjurjo o Emilio Mola– que compartían una visión autoritaria de la nación. Dotados de recursos y convencidos de la necesidad espiritual de “regenerar” España, liderarían el golpe de Estado de julio de 1936 que desencadenó la Guerra Civil.

VENCEDORES Y VENCIDOS

Proclamada la Segunda República en 1931, los partidos monárquicos desaparecieron y las desorientadas clases conservadoras optaron por permanecer al margen de la actividad política. No obstante, tan solo dos semanas después, algunos propagandistas católicos fundaron la plataforma Acción Nacional, que un año después pasaría a denominarse Acción Popular. Fue esta organización política la que pondría las bases para la creación de la CEDA, dirigida por José María Gil Robles, que se erigiría como la organización de masas de las derechas promovida por el catolicismo político. Precisamente, una de las principales novedades del periodo republicano fue el surgimiento de organizaciones políticas de masas, que no limitaban su participación política al marco parlamentario. En el ámbito de la derecha, la organización de masas que adoptó esa estrategia fue la CEDA, que más que un partido puede considerarse una coalición de partidos en la que se integraban otras organizaciones derechistas de distintos ámbitos territoriales bajo la defensa de los intereses de la Iglesia católica y las clases conservadoras. Su dialéctica en defensa de la religión, la propiedad privada, la familia y el orden fue marcadamente reaccionaria y antisocialista, pero siempre dentro de unos límites legales, lo que la alejaba de la estrategia golpista y subversiva alfonsinista y carlista y que más tarde asumiría el fascismo representado por Falange Española.

Las elecciones legislativas de 1933, dominadas por una movilización política sin precedentes con mítines multitudinarios y millones de carteles y folletos informativos, dieron la victoria a las derechas de la CEDA y del Partido Radical. En las zonas rurales, como señala Tuñón de Lara, pronto comenzó el desquite hacia las clases populares:

«[...] habían ganado los patronos, los propietarios, y con ellos todo el “aparato de siempre”: caciques, Guardia Civil, secretarios de Ayuntamiento... Empezaba el “gran desquite” en el campo, el ¡comer República!, la baja de salarios riéndose de las Bases, el poner radicales al servicio de los patronos en las presidencias de los Jurados Mixtos, la selección a capricho por el patrono de los obreros que irían a trabajar a las fincas y, para remate, la destitución de Ayuntamientos socialistas».

Mientras que los jornaleros, especialmente en el sur, en Aragón y en la Ribera Navarra, se integraron en la CNT y la UGT, el campesinado propietario adoptó posiciones conservadoras. Un amplio sector del campesinado, integrado por pequeños y medianos propietarios del interior peninsular que mantenían su apoyo a la dictadura primoriverista, constituyó una parte importante de la base electoral del conservadurismo y de la derecha católica en la República, y terminó secundando la sublevación militar de julio de 1936.

Falange Española y las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS), que no se unificarían hasta 1934, encontraron en las clases medias y el ejército sus principales apoyos. Las élites burguesas y aristocráticas mantuvieron un papel ambivalente hacia las formaciones políticas fascistas, inclinándose hacia la derecha monárquica al mismo tiempo

Un amplio sector del campesinado, integrado por pequeños y medianos propietarios del interior peninsular que mantenían su apoyo a la dictadura primoriverista, constituyó una parte importante de la base electoral del conservadurismo y de la derecha católica en la República, y terminó secundando la sublevación militar de julio de 1936



que incentivaban económicamente el papel agresivo y escuadrista de ambas organizaciones. Los dos grupos recibían financiación de monárquicos alfonsinos, industriales y terratenientes. De hecho, a las JONS, el dinero les llegaba de un grupo de banqueros alfonsinos bilbaínos por mediación de dos miembros de las élites de esa ciudad proclives al ideario fascista. No fue hasta 1936 cuando el número de afiliados aumentó y se integraron en sus filas jornaleros y obreros. No obstante, como muestran los resultados electorales de 1936, la candidatura falangista obtuvo siempre sus mejores resultados en los barrios burgueses.

Con su líder encarcelado y en la clandestinidad, el triunfo del Frente Popular y el descalabro de las

derechas convirtieron a Falange en el último refugio ante el temor a una revolución socialista. Tras el golpe y estallido de la Guerra Civil, buena parte de las clases medias rurales y urbanas experimentaron una acelerada fascistización que benefició a las organizaciones fascistas. En Andalucía, el crecimiento de la organización fue enorme, siendo especialmente significativo el caso del pueblo sevillano de Estepa, donde Falange pasó de 6 inscritos en 1935 a 101 en vísperas del 18 de julio. Tras el alzamiento militar, la avalancha de afiliaciones se mantuvo constante.

Las milicias falangistas tuvieron un papel destacado en la represión y exterminio desatados durante la Guerra Civil y la posguerra contra la amplia y

Las delaciones y capturas de opositores contrarios al Régimen crecieron a un ritmo frenético, y las pesquisas no se limitaban al ámbito ideológico, sino que también se scrutaba la orientación sexual, la religiosidad y la conducta sexual de los vecinos. Durante estos años se tejió una densa red de vigilancia y control social basada en el miedo y el silencio.

heterogénea población que había apoyado la II República y que los vencedores englobaron bajo el término de la antiespaña. Las Jefaturas Provinciales de Falange enviaron delegados a los pueblos ocupados por el bando sublevado con potestad para nombrar las nuevas gestoras municipales encargadas de las labores de vigilancia, persecución y exterminio de los vecinos desafectos al Régimen. A ellos se unieron terratenientes, oligarcas y ciudadanos "de orden" que optaron por colaborar con las autoridades militares. Las delaciones y capturas de opositores crecieron a un ritmo frenético, y las pesquisas no se limitaban al ámbito ideológico, sino que también se scrutaba la orientación sexual, la religiosidad y la conducta sexual de los vecinos. Durante estos años se tejió una densa red de vigilancia y control social basada en el miedo y el silencio.

LOS AÑOS DEL HAMBRE Y LA REPRESIÓN

Entre 1939 y 1951 discurrieron los años de la posguerra, de las cartillas de racionamiento, el estraperlo y el hambre. Se trató de un periodo caracterizado por el repliegue social, la imposición de la autarquía económica y un casi total aislamiento internacional. Para hacer frente al bloqueo económico y diplomático, se puso en marcha una política autárquica que dio paso a un nuevo predominio de la actividad agrícola sobre la industrial. Esta contrarreforma agraria comenzó con la devolución de todas las tierras expropiadas durante la II República, apuntalando la propiedad familiar agraria en zonas particularmente importantes para el equilibrio de la dictadura.

A las pérdidas demográficas se les sumó un amplio contingente de exiliados. Según las principales estimaciones, entre 440.000 y 470.000 personas cruzaron la frontera francesa en busca de refugio. A este descenso demográfico debe añadirse la miseria de buena parte de la población, afectada hasta los primeros años de la década de 1950 por la escasez de productos básicos y la brusca caída del salario real. En esos años de carestía, racionamiento y mercado negro, surgieron rápidas fortunas gracias a la especulación con los alimentos básicos. El historiador Miguel Ángel del Arco Blanco, en su trabajo *La hambruna española*, señala que el alimento, distribuido de manera desigual y controlado desde arriba (una mayor clase social y afinidad con el Régimen aseguraban algo más de sustento), se convirtió en instrumento político. Los grupos más humildes, especialmente el campesinado de Extremadura y Andalucía, se vieron gravemente afectados por la

La miseria y el miedo impuestos por el Régimen no afectó por igual a todos los grupos sociales. La Ley de Responsabilidades Políticas, de 9 de febrero de 1939, fue una de las principales herramientas de represión institucional del régimen franquista tras el fin de la Guerra Civil. Su aplicación retroactiva al 18 de julio de 1936 permitía sancionar a cualquier persona que hubiera mostrado apoyo, incluso pasivo, a la República.

política autárquica del Régimen. Paralelamente, la censura prohibía cualquier mención al hambre en la prensa. Según la tesis del historiador, las carencias alimentarias debilitaron a la población, constituyendo una forma de control social, e incluso se plasmaron en las mediciones de los jóvenes que se incorporaban a la miliciana: "en Madrid, en los años de posguerra, los jóvenes de Chamberí eran 4,5 cm más altos que los de Vallecas."

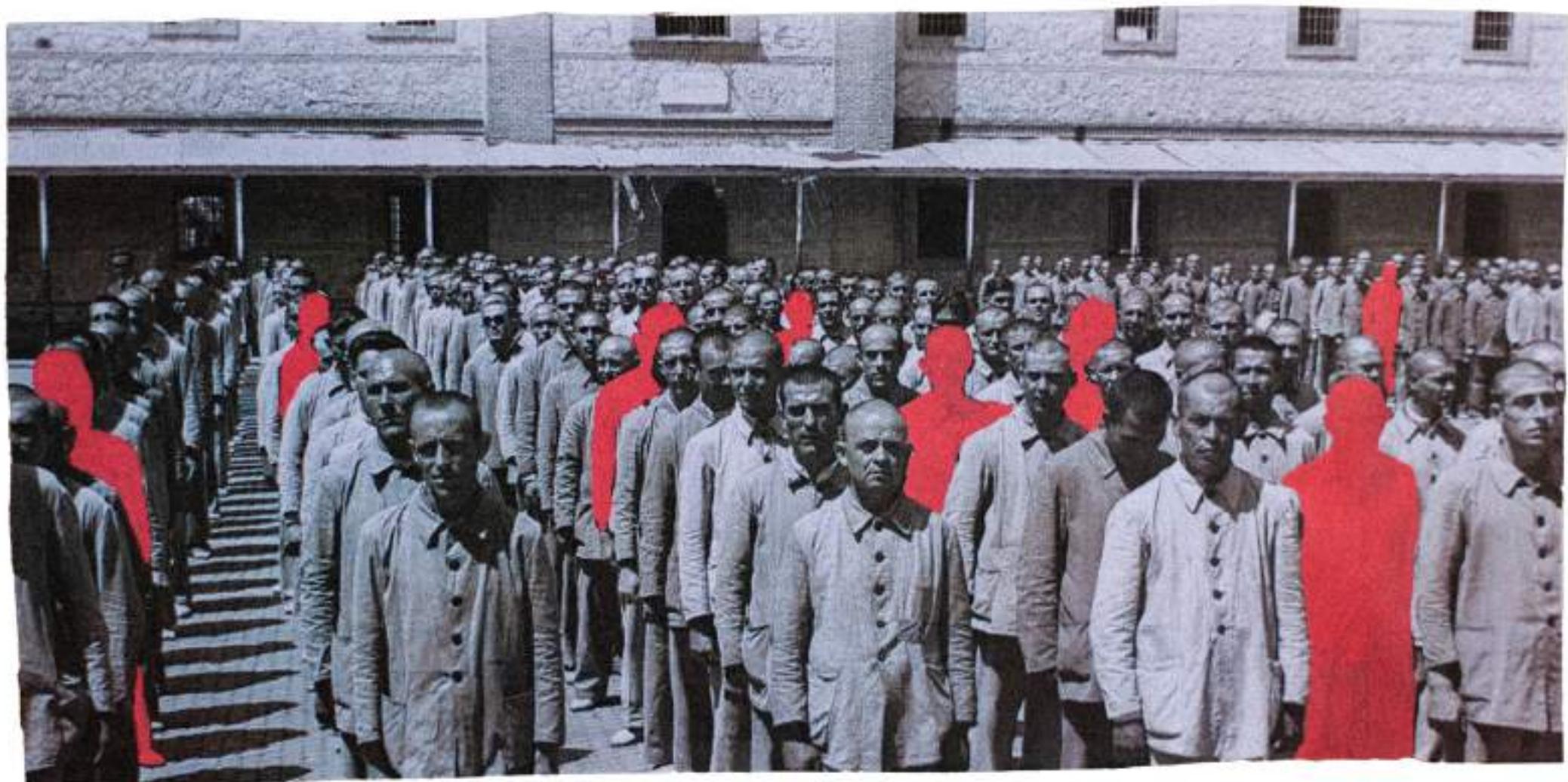
La miseria y el miedo no afectó por igual a todos los grupos sociales. La Ley de Responsabilidades Políticas, de 9 de febrero de 1939, fue una de las principales herramientas de represión institucional del régimen franquista tras el fin de la Guerra Civil. Su aplicación retroactiva al 18 de julio de 1936 permitía sancionar a cualquier persona que hubiera mostrado apoyo, incluso pasivo, a la

República. Según cifras de Preston y Casanova, esta ley afectó a más de 400.000 personas entre sancionadas, inhabilitadas y multadas. Miles de funcionarios, maestros, catedráticos e intelectuales fueron depurados o encarcelados. Las vacantes fueron ocupadas por élites profesionales afectas al Régimen. Para el historiador Paul Preston, la depuración administrativa y profesional fue un medio sistemático para eliminar cualquier rastro de republicanismo y reconstruir el Estado bajo criterios de fidelidad al Caudillo.

A partir de 1940, con la aparición de los sindicatos verticales que agrupaban a patronos, técnicos y obreros con la intención de eliminar la lucha de clases, se implantó un nuevo sistema de remuneración salarial. La Ley de Reglamentaciones del Trabajo, de 16 de octubre de 1942, suprimió

prácticamente la posibilidad de concertar convenios colectivos, acrecentando el desfase entre precios y salarios, que a su vez hizo posible a la oligarquía la puesta en marcha de una importante acumulación primitiva.

Con la irrupción de la Guerra Fría, la política internacional dio un vuelco favorable a la dictadura franquista. La posición estratégica de España en el contexto del anticomunismo occidental facilitó el acercamiento a Estados Unidos. A nivel interno, el nuevo escenario geopolítico propició un brusco viraje político y económico. El predominio falangista en la Administración llegó a su fin con la entrada en el Gobierno de sectores tecnócratas vinculados al Opus Dei. Asimismo, se acrecentó el poder de las clases burguesas mercantiles, industriales y financieras, así como de la vieja oligarquía terrateniente.



Por el contrario, el proletariado, ahogado por la inflación, inició, a partir de 1951, sus primeras huelgas y manifestaciones que llevarán al estallido de 1956-1957.

DESARROLLISMO. LA ESPAÑA DEL NO-DO Y EL SEISCIENTOS

En estos últimos años, la idealización poco disimulada del franquismo en las redes sociales se ha vuelto cada vez más habitual. Por lo general los usuarios no suelen referirse a los primeros años de posguerra, y sus preferencias se inclinan más por la década de los sesenta y setenta, conocida como los años del “desarrollismo”. Fragmentos de grabaciones de los viajeros de un vagón de metro en Madrid o de los transeúntes paseando por el centro de la capital se hacen repentinamente virales en redes

sociales. Bajo el planteamiento reaccionario de que todo tiempo pasado fue mejor, los usuarios alaban el decoro y la elegancia en la vestimenta, el orden que transmiten los espacios y especialmente la uniformidad racial de los protagonistas de las imágenes. Estas grabaciones provienen de uno de los recursos propagandísticos más importantes de la dictadura franquista: el NO-DO. Estos documentales semanales preludieron las proyecciones cinematográficas en los cines de todo el Estado desde 1943 hasta 1981. Sus reportajes, de temática variada, tenían la función de adoctrinar a la población y ofrecer la imagen de una España feliz y despreocupada con la que se pretendía ocultar la miseria de los poblados chabolistas en la periferia de las ciudades y el analfabetismo rural, que rondaba el 42,5%. Estas representaciones idílicas de progreso y modernidad se

vieron reforzadas durante los años setenta con las campañas del Ministerio de Información y Turismo de Manuel Fraga Iribarne, que con lemas como “Spain is different” trataban de proyectar una imagen atractiva que ocultase el atraso y las desigualdades sociales.

El crecimiento económico impulsado tras el Plan de Estabilización de 1959 produjo una profunda transformación social. La industrialización y la expansión del sector terciario favorecieron la irrupción de una nueva clase media integrada por obreros cualificados y empleados administrativos. Este nuevo grupo participó activamente en el incipiente consumo de masas, simbolizado por la popularización del Seat 600, convertido en emblema de bienestar y estatus. La aceleración económica, el comienzo del turismo y la relativa apertura vinieron acompañados de un incremento de la conflictividad social. Las pintorescas estampas proyectadas en el cine no conseguían ocultar las costuras del Régimen. La demanda de mano de obra industrial agudizó el exodo campesino, haciendo surgir el fenómeno del “chabolismo”. Si en los años cuarenta se había especulado con el hambre, en los cincuenta se hizo lo mismo con la vivienda. La especulación, favorecida por la financiación estatal, dio ocasión a la formación de rápidas fortunas. Frente al crecimiento desenfrenado de las ciudades, el campo languidecía, a lo que el Régimen respondió con la llamada “política de pantanos”, parte esencial de la propaganda desarrollista y de la autarquía tardía.

LEGITIMACIÓN DEL RÉGIMEN

El arco iniciado por el pronunciamiento de Riego en 1820, al grito de “¡Viva la Constitución!” se cerró de forma definitiva en 1936, con un pronunciamiento también liderado por militares, que a pesar de no triunfar de forma generalizada daría paso a un golpe de Estado para derrocar al Gobierno republicano.

El régimen franquista tiene así su origen en la trayectoria seguida por el reaccionarismo español durante la crisis del sistema político de la Restauración y el naufragio de la experiencia autoritaria que significó la dictadura de Primo de Rivera. Siguiendo a Tusell, cabe destacar que la Guerra Civil supuso un cambio radical sin precedentes, no solo por la imposición de un régimen político dictatorial, sino también por la brusca ruptura y el deseo de silenciar y hacer desaparecer la historia inmediatamente anterior. El nuevo régimen asentado sobre los principios del tradicionalismo y el catolicismo gozó del apoyo de una amplia y heterogénea red de apoyos sociales agraviados por las reformas republicanas y radicalizados ante la conflictividad revolucionaria de obreros y jornaleros. Las élites vencedoras, reconociendo el testigo de los principios regeneracionistas se arrogaron el papel de purificadores de la patria. Como señala Casanova, el Régimen no solo destruyó a sus enemigos políticos, sino que edificó un orden moral basado en la memoria selectiva, el miedo cotidiano y la promesa de redención nacional. Militares, terratenientes, empresarios y clases medias afectas fueron recompensados por su fidelidad y colaboración en la represión, mientras que los sectores populares, debilitados por el hambre y la represión, se vieron incapacitados para cualquier manifestación articulada de protesta política. ●



El crecimiento económico impulsado tras el Plan de Estabilización de 1959 produjo una profunda transformación social. La industrialización y la expansión del sector terciario favorecieron la irrupción de una nueva clase media integrada por obreros cualificados y empleados administrativos. Este nuevo grupo participó activamente en el incipiente consumo de masas, simbolizado por la popularización del Seat 600, convertido en emblema de bienestar y estatus



LA LARGA SOMBRA DE LA POSGUERRA: LA SUPERVIVENCIA DEL FRANQUISMO TRAS LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Texto — **Lisabe Velasco**

En la senda hacia la salida de la Guerra Mundial, quedaba bien claro que el objetivo principal del régimen franquista no era la victoria, ya que técnicamente no había participado en la contienda, sino que la meta era su supervivencia

En mayo de 1944, Winston Churchill ensalzaba la neutralidad de la España franquista en un discurso declamado ante la Cámara de los Comunes. Así, el primer ministro británico se reafirmaba en la política de no intervención, llegando a declarar que “insultar a Franco de manera gratuita era un error”. A medida que se acercaba 1945, cada vez era más evidente quién saldría victorioso al terminar la Segunda Guerra Mundial, y Franco, manteniéndose en su postura ambivalente, afianzaba la neutralidad del Estado español, dejando de lado la posición no beligerante adoptada los tres años anteriores. En la senda hacia la salida de la Guerra Mundial, quedaba bien claro que el objetivo principal del régimen franquista no era la victoria, ya que técnicamente no había participado en la contienda, sino que la meta era su supervivencia. Desde la perspectiva que nos da la historia, podemos afirmar que cumplió dicho objetivo político.

Sin ánimo de caer en discursos de excepción, debemos reconocer que el franquismo tuvo una particularidad que el resto de regímenes fascistas contemporáneos no compartieron: fue excepcionalmente duradero. Por cuatro largas décadas, el franquismo mantuvo al Estado español bajo su sombra, y aunque la represión sufrida durante largos años por su población fue uno de los pilares de su supervivencia, no explica por si sola toda la imagen. Son diversos los motivos que explican ese fenómeno, y han sido estudiados concienzudamente por la producción historiográfica de las últimas décadas: los “soportes sociales” del Régimen o las “políticas de consenso” impulsados por el Estado franquista son dos ejemplos de este suceso poliédrico. Si queremos entender la longevidad del franquismo, es fundamental explicar el paradigma internacional surgido tras la Segunda Guerra Mundial, puesto que ahí yace la clave de la consolidación y normalización del franquismo, en tanto que fue lo que permitió

la transición desde el aislamiento de los primeros años de la posguerra a la integración en el escenario de la Guerra Fría.

EL FRANQUISMO EN EL CONFLICTO INTERNACIONAL: LA NEUTRALIDAD EN ENTREDICHO

Durante los años que duró la Segunda Guerra Mundial, el Estado español no entró en guerra. Por lo menos, no de manera oficial. Ante el conflicto, la postura del Estado franquista se movió entre la neutralidad internacional oficial y una situación no beligerante. Esto, sin embargo, no quiere de ninguna manera decir que el Régimen mantuviera una posición neutral durante toda la guerra: en el periodo entre 1939 y 1945, la política internacional de Franco se caracterizó por su pragmatismo y oportunismo, acercándose al Eje por motivos ideológicos y los posibles beneficios que pudiera ofrecer al Régimen y, una vez se vio que la victoria de los Aliados era inevitable, intentando unirse a ellos.

Entre las razones que explican la no participación del Estado franquista, el motivo que tal vez más condicionó esa postura fue la dura situación económica del propio Estado. En los años de la autarquía, que se extendieron entre el fin de la Guerra Civil y los Planes de Estabilización de 1959, el franquismo implementó ciertas medidas para controlar la economía de ese nuevo Estado que quería construir, destinadas sobre todo a la gestión de la producción agrícola e industrial. A través de instituciones tales como el Servicio Nacional del Trigo, se establecía un control férreo sobre la producción. Las instituciones franquistas recogían la producción y decidían sobre su distribución a través de un racionamiento insuficiente. Además, parte de la producción se enviaba a Alemania antes de que tuviera la oportunidad de llegar a los mercados, a fin de saldar las deudas del franquismo con el régimen nazi por su ayuda durante la Guerra Civil.

La autarquía golpeó duramente la economía estatal, pero fue la población quien más crudamente sintió ese golpe en su día a día, tanto aquellas personas que trabajaban en las ciudades como las que estaban siendo explotadas en los campos. El denominador común de la década de los cuarenta fue la miseria: al hambre debe sumársele el desempleo, así como la represión, que fue especialmente cruenta en aquellos años. A fin de compensar lo que no se podía conseguir con las cartillas de racionamiento, muchas personas se vieron obligadas a acudir al mercado negro, donde se necesitaba la mitad de un sueldo mensual para pagar el desayuno de una familia de cuatro personas. El pan, el aceite o el azúcar se convertían en productos de lujo en aquel mercado irregular.

El denominador común de la década de los cuarenta fue la miseria





El pan, el aceite o el azúcar se convertían en productos de lujo en el mercado negro

Muchas de las personas que no podían hacer frente a los inflados precios del mercado negro, no tenían otra opción que participar en los llamados "hurtos famélicos" o acudir a las organizaciones caritativas del propio Régimen, tales como el Auxilio Social o la Sección Femenina de la Falange, cuya ayuda, por supuesto, estaba condicionada por la adhesión a los ideales del Régimen, especialmente en lo que concierne a la ayuda ofrecida por la Sección Femenina.

Y mientras algunas personas sufrían la hambruna, otras hacían negocio a cuenta de la miseria: en los años de la autarquía, el estraperlo permitió enriquecerse a una pequeña minoría. Algunos grandes empresarios que se movían en las cúpulas franquistas consiguieron grandes beneficios económicos en la década de los cuarenta jugando con el hambre de la mayoría. Conscientes de que las autoridades franquistas harían la vista gorda, se afanaban en la compraventa de productos de importación, así como de la producción que escapaba del racionamiento.

A pesar de la grave situación económica, la hambruna generalizada y los conflictos entre las

"familias" del Régimen, en un momento en el que la estabilidad del Nuevo Estado todavía se encontraba a medias, España no descartó inmediatamente la opción de tomar parte en la Guerra Mundial. El encuentro entre Hitler y Franco en 1940 en Hendaya es testigo de las negociaciones con el Eje fascista. En junio de ese mismo año, el Estado franquista dejó de lado su neutralidad oficial para declararse no beligerante, animado por los avances de los alemanes en Francia. El estatus de no beligerante no era más que el paso previo a la beligerancia oficial, y a través de esa postura el Estado español rompía con su supuesta neutralidad, para, de alguna manera, participar en la guerra, al igual que hizo Mussolini en 1939 con su declaración de prebeligerancia.

Esa decisión fue impulsada tanto por los avances de la Alemania nazi como por los deseos imperialistas de Franco, así como por la influencia de Serrano Suñer, ministro de Asuntos Exteriores, germanófilo y cuñado del dictador. Fue el mismo Serrano Suñer quien, en el punto más duro de la hambruna, con las cotas más altas de mortalidad provocada por el hambre directa e indirectamente,

rechazó el intento de la Cruz Roja estadounidense de enviar cajas de leche en polvo. El ministro de Asuntos Exteriores Serrano Suñer era un declarado pronazi, quería que el Estado español entrara en la guerra y consideró que recibir ayuda de la Cruz Roja de Estados Unidos podía obstaculizar dicha entrada. Sin embargo, en 1942, Serrano Suñer fue reemplazado por Francisco Gómez-Jordana como ministro, declarado anglófilo y partidario de la no participación en la guerra.

Al final, las demandas militares y, especialmente, económicas del Estado franquista fueron demasiado altas como para participar oficialmente en la guerra, aún contando con la ayuda de las potencias del Eje. Dentro de las "familias" del franquismo también había quien se oponía a la intervención, por ejemplo la Iglesia católica, quien miraba con desconfianza que la Falange se hiciera con el control del ámbito político, socializador e ideológico. También era contrario a la intervención Juan March, empresario famoso y uno de los financiadores del golpe de Estado del 18 de julio de 1936; March participó en un soborno respaldado por el Reino Unido para convencer a los altos cargos militares franquistas de que debían evitar involucrarse oficialmente en la guerra.

Sin embargo, y aunque la participación del Estado franquista en la Segunda Guerra Mundial nunca fue oficial, la neutralidad del franquismo queda refutada si se presta atención a la relación que tuvo con las potencias del Eje, tanto en el ámbito político como en el comercial, ya que el Estado español fue uno de los principales proveedores de wolframio (o tungsteno) de Alemania, vendiendo ese mineral estratégico para la industria armamentística al régimen nazi. Otro ejemplo de la evidente parcialidad del Régimen es que envió a voluntarios (y "voluntarios" forzados) a luchar con la División Azul en el frente soviético, lo que *de facto* convierte al Estado español en beligerante en la contienda.

El viraje hacia la neutralidad del final de la guerra no supuso un cambio en la ideología de Franco, sino que fue una estrategia de supervivencia bien calculada ante el inevitable fracaso del Eje. El principal factor que desencadenó ese viraje fue la presión económica de los Aliados, especialmente en lo que respecta al comercio del wolframio. Los Aliados amenazaron a España con un embargo petrolífero por parte de Estados Unidos, así como con un posible bloqueo en el envío de productos básicos que tan desesperadamente necesitaba la población, tales como el trigo.

La derrota del Eje y los nuevos planes para acercarse a aquellos que habían estado en el lado contrario del tablero no trajeron, de ninguna manera, un alejamiento de las ideas nacional-católicas, a pesar de que los rasgos más fascistas del Régimen fueron perdiendo fuelle paulatinamente, dando lugar a un nuevo carácter que se amoldaba mejor al mundo surgido después del conflicto internacional

En 1944, mientras Churchill pronunciaba su discurso, Franco firmaba un acuerdo con los Aliados en el que se comprometía, entre otras cosas, a reducir notablemente las exportaciones de wolframio a Alemania, retirar lo que quedaba de la División Azul del frente soviético, expulsar a los agentes alemanes, aplicar el Acuerdo de Bretton Woods y entregar a los Aliados los buques italianos refugiados en los puertos españoles. Por otro lado, el Régimen explotó el anticomunismo como forma de “limpiar su imagen”, lo cual ganó especial relevancia con el inicio de la Guerra Fría. España se convirtió en un baluarte anticomunista, gracias a lo cual Franco se presentó como un potencial aliado para frenar el comunismo en Europa, a pesar de que al mismo tiempo siguiera dando cobijo a criminales nazis, ayudándolos a escapar a España y América Latina. Ese acercamiento hacia los Aliados fue una maniobra pragmática y cínica que permitió a Franco evitar una intervención por parte de los Aliados tras la guerra, salvar su régimen aislacionista y autárquico y establecer las bases de su futura relación con Estados Unidos (bases que se asentarían aún más en los pactos de 1953).

La derrota del Eje y los nuevos planes para acercarse a aquellos que habían estado en el lado contrario del tablero no trajeron, de ninguna manera, un alejamiento de las ideas nacional-católicas, a pesar de que los rasgos más fascistas del Régimen fueron perdiendo fuelle paulatinamente, dando lugar a un nuevo carácter que se amoldaba mejor al mundo surgido después del conflicto internacional. No obstante, y a pesar de que la supervivencia del régimen franquista saliera reforzada a largo plazo (sobre todo gracias a la relación con Estados Unidos), los primeros años de la posguerra estuvieron marcados por un aislamiento internacional.

LA LARGA POSGUERRA TRAS LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, AISLAMIENTO Y NORMALIZACIÓN

El verano de 1936, mientras estallaba la Guerra Civil y las tropas franquistas ponían en marcha su maquinaria represora, los representantes del Reino Unido, Francia, Italia y Alemania se reunían en Londres para rubricar el Pacto de No Intervención. El objetivo principal de dicho pacto era frenar la internacionalización de la Guerra Civil, en un momento de intensificación de las tensiones entre las democracias liberales y las dictaduras fascistas en Europa. Sin embargo, en los tres años que siguieron, Italia y Alemania rompieron lo pactado y se posicionaron a favor del partido fascista. El resto de países firmantes del pacto respetaron su compromiso de no intervención, pero su inmovilidad también contribuyó a la victoria de los sublevados.

Esa no fue la única ocasión en la que la falta de intervención de aquellas potencias, que supuestamente habían liderado la lucha europea contra el fascismo, ofreció al régimen franquista la ayuda que necesitaba para reforzar su poder.

Desde la arena internacional, la mayoría de los gestos contra el franquismo fueron diplomáticos en el mejor de los casos, y meramente simbólicos en el peor de los casos. Lo que quedaba de la resistencia antifranquista, en forma de guerrilla o militancia clandestina, esperaba la intervención militar de los Aliados, o por lo menos una transición hacia un Gobierno democrático; mientras tanto, las potencias

aliadas dejaron a España fuera de la Organización de las Naciones Unidas, mediante el acuerdo adoptado en la primavera de 1945, en una reunión celebrada en San Francisco.

En la Conferencia de Potsdam, Stalin propuso romper relaciones con España y respaldar a las fuerzas democráticas contrarias a Franco, ante lo que Churchill y Truman se limitaron a firmar declaraciones contra el Gobierno de Franco, manteniendo la postura británica y estadounidense de no intervención. Entre la imparcialidad y la indiferencia, también Francia se unió a la no intervención. La Unión Soviética, tras su intento de hacer frente al franquismo, se conformó con hacer oídos sordos a lo que las potencias Aliadas estaban haciendo en Europa Occidental, siempre que pudiera actuar de igual manera en Europa Oriental.

Además del aislamiento diplomático internacional, también se impusieron ciertas sanciones, especialmente entre 1945 y 1953, y aunque muchas de las medidas adoptadas fueran más simbólicas que reales, las consecuencias no se notaron solamente en la política interna y externa del régimen franquista, sino que también tuvieron impacto en una economía que ya de por sí había tocado fondo y, por lo tanto, afectaron a una población golpeada por la guerra, la represión y la miseria. A pesar de ser un lastre para la economía, la autarquía fue posible, en cierta medida, por el bloqueo económico impuesto al Estado español. A causa del aislamiento diplomático y económico de los primeros años, el Estado franquista quedó fuera del Plan Marshall

en 1947, así como fuera de la Organización Europea de Cooperación Económica un año más tarde; es decir, se vio excluido de dos de las organizaciones que hicieron posible la institucionalización de la ayuda otorgada por EE. UU. a Europa. En 1949, España también se vio excluida de la OTAN, así como del Consejo de Europa, y en 1951 no accedió a la Comunidad Europea del Carbón y del Acero. De ese modo, a causa de este bloqueo, España no pudo participar en la creación del nuevo orden económico internacional que comenzó a diseñarse en torno a las Naciones Unidas (FMI) y GATT (el acuerdo de colaboración de comercio internacional) tras el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Aunque el Estado español quedó fuera de las organizaciones creadas a mitad del siglo XX, tales como la Unión Europea Occidental en 1954, la Comunidad Económica Europea y Euroatom en 1957, y la Asociación Europea de Libre Comercio en 1960, el aislamiento vivido durante aquellos años no se puede comparar, de ninguna manera, con el vivido la década anterior; así, a partir de 1953, volvió a reiniciarse el proceso de integración de la España franquista en las relaciones internacionales, siendo muestra de ello el concordato entre el Estado español y la Santa Sede y, por encima de todo, los Pactos de Madrid firmados con el Gobierno estadounidense en 1953.

“LA AMENAZA DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA”

En la década de los cuarenta, mientras la población sufría los peores efectos de la autarquía, y mientras la publicación de unos documentos encontrados en Berlín que dejaban en evidencia la estrecha relación entre Franco y el Eje aumentaban aún más el aislamiento, el Gobierno franquista construía una posición política que resultaría mucho más útil y rentable a Franco en el nuevo equilibrio de poderes nacido en el ocaso de la Segunda Guerra Mundial: el anticomunismo. Esa estrategia política existía desde el inicio en el seno del franquismo; sin embargo, a partir de 1945, la utilidad de dicha estrategia aumentó notablemente en lo que se refería a las relaciones internacionales. La convicción anticomunista del franquismo era ideológica, pero también estratégica.

El Reino Unido y Francia respetaron su compromiso de no intervenir en la Guerra Civil española, pero su inmovilidad también contribuyó a la victoria de los sublevados



Desde la arena internacional, la mayoría de los gestos contra el franquismo fueron diplomáticos en el mejor de los casos, y meramente simbólicos en el peor de los casos

Las tensiones entre los Aliados comenzaron a hacerse más palpables antes del final de la guerra, y la situación se tensó aún más, ya que estaba en juego el control sobre las políticas de la Europa de la posguerra, había comenzado la pujza armamentística y se temía el expansionismo soviético. Además, a los recelos suscitados en los años 1946-47 se le sumó la aparición de una nueva corriente en la política estadounidense claramente marcada por la Doctrina Truman de 1947, con una evidente traza anticomunista e intervencionista. Y así, sin un gran estallido inicial, casi como por las inercias del momento histórico, comenzó la Guerra Fría.

En este nuevo contexto, Franco maniobró con gran destreza: designó a un nuevo ministro de Asuntos Exteriores y aprobó el “Fuero de los Españoles”, norma que a duras penas podría definirse como la carta de derechos y libertades de la ciudadanía, así como la Ley del Referéndum. El objetivo, de alguna manera, era esconder, camuflar o descartar los elementos más fascistas (es decir, el falangismo) que convivían dentro del franquismo. Aunque el carácter puramente fascista del Régimen no desapareció, se redujo el poder que tenía dentro de la coalición franquista. De esta manera, otras características podían brillar más en el nuevo escenario, donde la condena del comunismo o la defensa del capitalismo podían hacer una mayor contribución a la supervivencia del franquismo.

En ese momento, las piezas del tablero comenzaron a moverse para facilitar un cambio en las políticas internacionales más favorable a la España franquista, siendo especialmente importante el rol que jugaron las fuerzas armadas estadounidenses, para permitir la entrada de la dictadura franquista en la línea de defensa que el presidente de EE. UU. pretendía organizar para hacer frente a la potencial amenaza soviética.

El punto de ruptura definitivo de las relaciones internacionales tras la Guerra Mundial lo marcó la división de Berlín y el desarrollo de la bomba atómica por parte de la URSS en 1949, a lo que debemos sumar la victoria de los comunistas ante Chiang Kai-shek en China. Las tensiones aumentaron todavía más al año siguiente, con el inicio de la Guerra de Corea, uno de los numerosos conflictos proxy de la Guerra Fría. Todo esto provocó un cambio en la percepción que las potencias occidentales guardaban de España. Fue en esta nueva situación cuando el presidente Truman viró su política, dando inicio a un proceso que culminaría en 1953, con la firma de los acuerdos militares entre España y Estados Unidos, bajo la presidencia de Eisenhower. Ese mismo año se firmó el Concordato con el Vaticano, y, en 1955, España fue aceptada en la ONU, llegando así el ocaso del aislamiento del Estado franquista.

Para el régimen de Franco, esas conquistas fueron victorias personales. Mientras que en 1945 se le recomendó a la población que simplemente soportara el aislamiento, ahora Franco se presentaba a sí mismo como pionero de la lucha global contra el comunismo, y sentía su imagen política totalmente reivindicada. Así, el 27 de marzo de 1959 Franco se unió al Pacto Antikomintern, para luchar contra la “amenaza de la Internacional Comunista”.

Para el régimen de Franco, la entrada en la ONU y los pactos con el Vaticano y EE. UU. fueron victorias personales. Mientras que en 1945 se le recomendó a la población que simplemente soportara el aislamiento, ahora Franco se presentaba a sí mismo como pionero de la lucha global contra el comunismo, y sentía su imagen política totalmente reivindicada

La política de no intervención hizo posible la supervivencia del franquismo, de tal manera que consiguió fortalecerse dentro de las fronteras del Estado español, consiguiendo así apagar las últimas brasas de la resistencia armada de los maquis en la década de los 50

La Guerra Civil española dejó extensas secuelas en la política exterior del Régimen, cuyo final resultó beneficioso para el partido franquista, en cierta medida gracias a la política de no intervención establecida por el Reino Unido y otras potencias en 1936. Tras la contienda, España quiso participar en la Segunda Guerra Mundial, impulsada

por su afinidad ideológica con el Eje, pero también movida por un claro oportunismo geopolítico. Sin embargo, esa estrecha alianza con el Eje comenzó a resquebrajarse a partir de 1944, cuando el conflicto mundial comenzó a inclinarse hacia el otro lado. En ese momento, el Régimen hizo otro viraje ideológico para tratar de capitalizar ese alejamiento y tratar de conseguir el favor de los Aliados. Esa estrategia no resultó del todo exitosa, y España fue castigada con sanciones diplomáticas y la exclusión de las instituciones internacionales. De todas maneras, la supervivencia del franquismo nunca estuvo realmente en peligro, gracias a una nueva forma de no intervención impulsada por el Reino Unido y Estados Unidos y respaldada por Francia – aunque con menor convencimiento –, mientras que la URSS optaba por una abstención estratégica. El posterior inicio de la Guerra Fría permitió que la España franquista se integrara progresivamente en el Bloque Occidental. A pesar de que las democracias europeas mostraron desconfianzas, al final dicha integración se realizó por medio del pacto de defensa antisoviético firmado con Estados Unidos, y a una década desde la imposición del voto, el Estado franquista entró en la ONU.

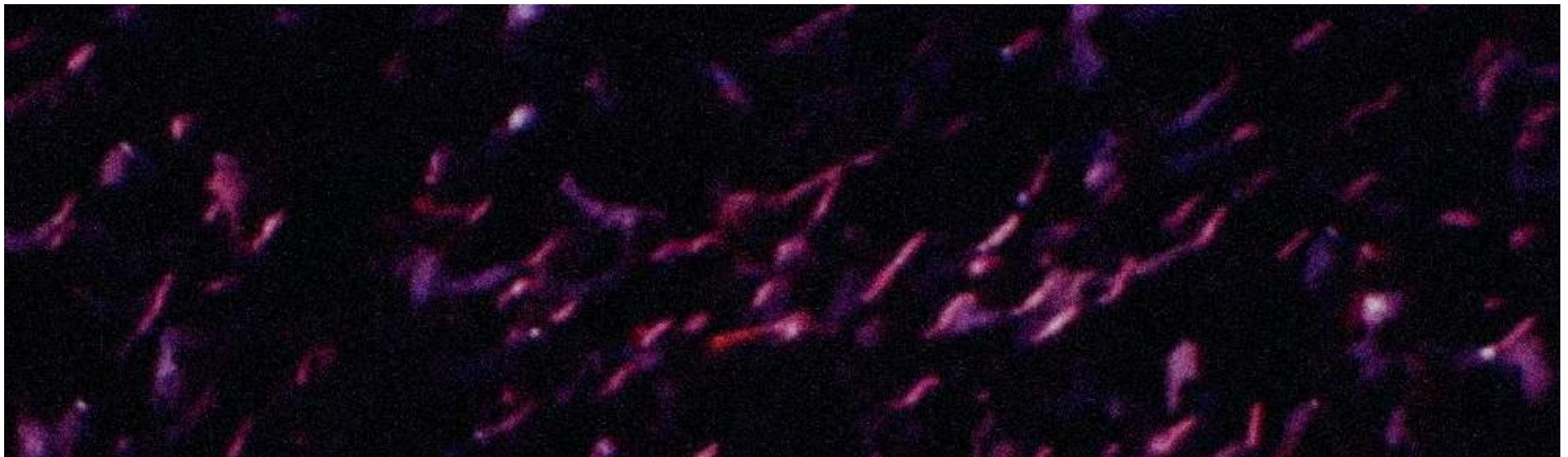
La política de no intervención hizo posible la supervivencia del franquismo, de tal manera que consiguió fortalecerse dentro de las fronteras del Estado español, consiguiendo así apagar las últimas brasas de la resistencia armada de los maquis en la década de los 50. Pero, al mismo tiempo, también permitió calmar los ánimos en el panorama internacional; así, con la llegada de un nuevo paradigma mundial, el régimen franquista volvió a adaptar su posición. Así se mostraba la consecuencia más permanente de la Guerra Civil: la persistencia y el refuerzo del régimen de Franco, casi cuarenta años después de su victoria.

BIENVENIDO, MISTER MARSHALL

La relación bilateral entre el Estado español y Estados Unidos durante la dictadura franquista se convirtió en el eje principal de la política exterior española a partir de los acuerdos de 1953, y se mantuvo de esa forma hasta el final del Régimen. En la base de dicha relación se encontraban los intereses de los dos países. Por un lado, teníamos el interés estratégico de Estados Unidos por establecer bases militares en la península ibérica. Los dirigentes franquistas aceptaron ese deseo a cambio de la

legitimidad y respetabilidad internacional que les otorgaba el respaldo de la principal potencia occidental, respaldo especialmente importante en un momento en que el mundo había entrado de cabeza en el esquema bipolar de la Guerra Fría.

Aunque esa asociación fuese fundamentalmente beneficiosa para las dos partes, tenía como telón de fondo una relación totalmente desequilibrada entre el Estado español y Estados Unidos, ya que el primero era totalmente dependiente de los objetivos políticos, económicos y militares del segundo. Estados Unidos no intervino en ningún tipo de proceso para liberar a España del fascismo, al igual que tampoco respaldó a la Unión Soviética cuando esta puso encima de la mesa la opción de participar en la Guerra Civil. A pesar de presentarse como líder en la lucha contra el fascismo tras incorporarse tarde a la Guerra Mundial, no facilitó la obtención de ayuda económica. Aún así, cuando el conflicto entre norteamericanos y soviéticos comenzó a ser palpable, el Gobierno franquista vio en ese conflicto la oportunidad de mantenerse a flote, por medio de situar a Estados Unidos en el centro de su política exterior: los acuerdos con el Vaticano y la Casa Blanca en 1953 fueron la primera grieta en el



**Al fin de la autarquía y el
aislamiento internacional
le siguió un cambio de
régimen, que maniobró para
colocarse en la nueva situación
internacional sin desprenderse
de su carácter dictatorial**



aislamiento internacional, aislamiento que fue el único castigo real aplicado a la dictadura. Estados Unidos, por su parte, adoptó una postura pragmática, dando prioridad a los intereses estratégicos de establecer bases militares por encima de la responsabilidad ideológica que se le presupondría a una democracia liberal.

Los pactos de 1953, resultado de un complejo proceso de negociación, estuvieron compuestos por tres acuerdos ejecutivos públicos: uno de defensa, otro de ayuda para la defensa mutua, y un tercero de ayuda económica. Los acuerdos también incluían unos anexos secretos muy beneficiosos para Washington, ya que daban prácticamente libertad plena a Estados Unidos para utilizar las bases militares en caso “de evidente agresión comunista”, así como un estatuto jurídico privilegiado a sus empleados y exenciones fiscales, entre otros. A cambio, España recibiría una ayuda económica y militar mucho más reducida que la obtenida por otros países europeos a través del Plan Marshall. Esa ayuda estaba dirigida fundamentalmente a garantizar la eficacia de las bases militares, y no al desarrollo integral del país.

En las dos próximas décadas, el régimen franquista intentó en vano renegociar esa relación asimétrica, en busca de garantía de protección mutua, ayuda militar moderna y respaldo en la integración europea. Sin embargo, a la vista de su pequeño margen de maniobra y la prioridad absoluta de Washington para mantener el acceso continuo a las instalaciones militares, los avances fueron escasos. La presencia militar de Estados Unidos comenzó a despertar un antiamericanismo cada vez mayor entre ciertos sectores de la población, especialmente debido a incidentes como el ocurrido en Palomares en 1966, ya que unían a Estados Unidos con la defensa de la dictadura.

El impacto de esa relación también tuvo su reflejo en el ámbito social y cultural, ya que fue un factor de suma importancia dentro de la lógica propagandística de la Guerra Fría. Por ejemplo, se pusieron en marcha programas de intercambio educativo para que las élites españolas se formaran en Estados Unidos, o se promocionaba la llamada *american way*

of life en la radio o en otros medios de comunicación, para lo que se prestaban espacios y frecuencias a las radios estadounidenses, lo que también funcionaba como agente de movilización, obstaculizando la emisión de las radios clandestinas.

La llegada de míster Marshall, aunque fuera con retraso respecto a otros países de Europa occidental, también tuvo su efecto en la España franquista. Esa relación diplomática, económica y militar fue siempre asimétrica y, por encima de todo, de conveniencia. Por un lado, sirvió para reforzar el régimen de Franco, y conllevó la pérdida de soberanía en manos del Gobierno estadounidense, alineando a la dictadura con el Bloque Occidental en el mundo bipolar de la Guerra Fría. La alianza trajo también elementos modernizadores, especialmente en la paralizada economía de la dictadura. No obstante, la población no vio a este “amigo americano” como garante de la democracia, sino como sostén de la dictadura, lo que causó un aumento del sentimiento antiamericano en los movimientos sociales del tardofranquismo.

Sea como fuere, aunque el Gobierno de Estados Unidos fue un apoyo para la dictadura, no la sostuvo cuando cayó. Consciente del carácter temporal del franquismo, vio esa relación como una “inversión de futuro”, como medio para tratar relaciones con los líderes del posfranquismo, con el objetivo último de garantizar la continuación de los intereses estratégicos que tenía en el Estado español tras la inevitable transición política.

Al fin de la autarquía y el aislamiento internacional le siguió un cambio de régimen, que maniobró para colocarse en la nueva situación internacional sin desprenderse de su carácter dictatorial. Franco, dejando de lado a la facción falangista que lo había aupado al poder en la Guerra Civil, se acercó a los sectores tecnócratas que abrazaban el capitalismo en las siguientes décadas, con el objetivo de garantizar la supervivencia del Régimen a corto y largo plazo. Las décadas en las que la dictadura siguió extendiéndose y la herencia dejada por esta tras 1975 son testigo de la eficacia de esta estrategia. ●

COORDENADAS GENERALES DEL FRANQUISMO

Texto — **Jon Larrabide**



El gran industrial, como si de un señor feudal se tratara, dispone sobre el territorio y las gentes. El concepto de libertad tiene para el gran empresario industrial una significación completamente distinta. No tiene nada que temer de las autoridades del Estado. (...) Para él, libertad significa que agitadores foráneos puedan tener la irrestricta posibilidad de incitar a sus súbditos, los trabajadores, a una rebelión. Por eso el gran capitalista moderno se ha vuelto más y más escéptico respecto del valor de la libertad y de los derechos constitucionales. Lo que exige ahora es un Estado fuerte, que ejerza sobre las masas una autoridad efectiva.

— Arthur Rosenberg

La cuestión es esta (...): se trata de escoger entre la dictadura de la insurrección y la dictadura del Gobierno; (...) entre la dictadura del puñal y la dictadura del sable; yo escojo la dictadura del sable, porque es más noble.

— Donoso Cortés

El destino ha querido traernos a esta parada en el 50 aniversario de la muerte de Franco. ¡Qué bonita oportunidad para hablar de lo que hay que hablar! Aprovechar este capricho para tratar de arrojar algo de luz histórica al fenómeno franquista, que sirva, aunque sea de manera colateral, para alumbrar algo nuestro presente.

El primer paso para tratar de desenmarañar el franquismo, pasa por entender que todo fenómeno histórico responde a una conjunción de factores diversos, que actúan en conjunto y se enredan. Su lectura, por lo tanto, pasa en primer lugar por entender esta totalidad concreta, que especifica el contenido o significado de cada uno de esos factores. En lo que respecta al análisis histórico, el orden de los factores sí que altera el producto. Esos factores deben a su vez ser analizados desde dos perspectivas. A un lado el eje más local o autóctono, conformado a partir de experiencias y eventos particulares, que a su vez conforman un panorama específico, que favorece el desarrollo de ciertos fenómenos históricos en los que se imbrician determinados agentes. Este eje constituye el relato. Al otro, el eje más general, perfilado a partir de procesos de carácter internacional y de época, que atraviesa todo relato particular y le da un sentido más trascendental, un tono. Nuestra trama se desarrolla a esos dos niveles, y en eso, es condicionada al tiempo que condiciona.

El franquismo, como experiencia histórica, se da en términos efectivos por primera vez en el transcurso de la Guerra Civil. El 17 de julio de 1936, se puso en marcha la operación militar a escala estatal que ciertos altos cargos militares hostiles al desarrollo de la República llevaban meses preparando. Aunque su éxito en primera instancia fuese relativo, ya que este plan proyectaba una victoria militar y un control del territorio medianamente rápido, diversas zonas del territorio estatal cayeron bajo el control de los sublevados de manera relativamente aplastante. En ellas comenzó su andadura el experimento franquista, todavía muy centrado en llevar a cabo y vencer en la contienda bélica. La guerra

como eje de la vida social, en todos los sentidos. Guerra contra el enemigo en el frente, y guerra aniquiladora contra el enemigo en los territorios ocupados. Todos los ámbitos de la sociedad subordinados o determinados por tal fin. Economía de guerra, justicia militar, mando político militarizado.

Estas primeras líneas, delimitan el perfil formal del gobierno franquista, prefigurando las bases de la forma de hacer franquista. También nos sirve, dicho sea de paso, para hacernos una idea del carácter del régimen y su posicionamiento en el escenario histórico, tanto a nivel estatal como internacional. Ya que la Guerra Civil y el posterior régimen franquista representan un posicionamiento claro en la arena de la historia; y como toda posición, representan a su vez una toma de posición a favor, y una toma de posición en contra. Pero para hablar de manera clara sobre ello debemos tirar unas décadas hacia atrás y hacia arriba.

España entra en el siglo XX con una estructura social y económica muy arcaica. El siglo XIX y sus novedades apenas habían conseguido dejar rastro en España, a pesar de los diversos intentos y eventos históricos que respondieron a las líneas y proyecciones generales del viejo continente. El desarrollo histórico es, en cualquier caso, caprichosamente sensible a las particularidades, las acepta pero empuja, mientras sigue su curso general. El hecho de esconder los quehaceres en el desván no los elimina, solo los posterga y acumula, hasta el momento en el que por falta de espacio es necesario atajarlos. La crisis del Estado era múltiple y

La guerra como eje de la vida social, en todos los sentidos.
Guerra contra el enemigo en el frente, y guerra aniquiladora contra el enemigo en los territorios ocupados.

se manifestó de manera crítica. La derrota en la guerra contra Estados Unidos, que supuso la pérdida de las últimas colonias de ultramar evidenció y profundizó los graves problemas a los que se enfrentaba el Estado español. Se trataba a la vez de una crisis económica (debido a las avejentadas estructuras económicas del país, basadas en un régimen de propiedad antiguo y que apenas había llevado a término las tareas de la industrialización en ciertas zonas del Estado, agravada por la pérdida de los mercados coloniales) y fiscal (pérdida de ingresos y la necesidad de hacer frente a los gastos de la guerra), una crisis política (en tanto que los partidos que detentaban el poder en la fórmula tunista habían perdido toda autoridad representativa, aunque como veremos más tarde esto responde a ciertos patrones más generales) y una crisis social (en la que el atraso económico y cultural de la sociedad se encuentra con la emergencia y establecimiento de nuevos actores políticos antagonistas, o por lo menos díscidos). Las primeras décadas de siglo constituyen un recopilatorio de intentonas para hacer frente a semejante desbarajuste. El comienzo de siglo estuvo plagado de estos intentos, pero la persistencia de la voluntad regeneradora o modernizadora a lo largo de los años nos alerta acerca de la dificultad de llevar a cabo dicha tarea, así como del exiguo éxito de estas campañas, que se toparon frente a frente con la resistencia tricéfala (aunque algunos más que otros) que constituye asimismo un eje transversal del relato que nos ocupa, conformada a partir de la naciente oligarquía española (que tampoco cien por cien), la Iglesia y el Ejército. Mientras tanto, la crisis española se seguía profundizando. Las estructuras económicas y políticas favorecían el establecimiento y fortalecimiento del poder de la burguesía autóctona y el capital extranjero.



En el siglo XX, la crisis del Estado era múltiple y se manifestó de manera crítica. La derrota en la guerra contra Estados Unidos, que supuso la pérdida de las últimas colonias de ultramar evidenció y profundizó los graves problemas a los que se enfrentaba el Estado español.

La nueva sociedad capitalista, nacida en correlación con las dinámicas de producción capitalista, hablaba un nuevo idioma. Un idioma que acabó por dejar obsoletas las viejas formas políticas aristocráticas.

En cualquier caso, el cambio de paradigma que precipitó los consiguientes procesos provino de un cambio de paradigma general a nivel internacional. La sociedad y sus fundamentos habían cambiado, así como los actores que la protagonizaban, y era cuestión de tiempo que esto saliese a la luz. El establecimiento de la sociedad capitalista tuvo grandes implicaciones en el ámbito social y político. Esta nueva sociedad, nacida en correlación con las dinámicas de producción capitalista, hablaba un nuevo idioma. Un idioma que acabó por dejar obsoletas las viejas formas políticas aristocráticas para traducirse en una nueva gramática política en la que las masas pujaban por hacer su lugar. Este cambio de paradigma, empero, dio sus primeros coletazos a nivel internacional. Podemos atisbar sus primeras expresiones (ya maduras) en la Revolución de Octubre y en la toma de poder por parte de los fascistas en Italia. Ambas servirán de referencia política para diversas experiencias, tal y como revisaremos más tarde.

Este cambio de paradigma también se hará notar en España. Esta influencia se dio en primera instancia en un distanciamiento o pérdida de autoridad representativa de las élites políticas, proceso que vino acompañado de la emergencia de organizaciones obreras de diverso cuño, así como de organizaciones nacionalistas en diversos puntos del estado. Fuerzas políticas pujantes que se expresarán en diversas manifestaciones, aportando su granito de arena a la desestabilización de un orden político que día a día se tornaba más agresivo y criminal, cual animal acorralado. La situación saltó por los aires con la huelga del 13 de agosto de 1917, que dio inicio a una etapa de honda y prolongada inestabilidad política en el Estado español, cuyo primer intento de estabilización contundente encontramos en la dictadura de Primo de Rivera. Aunque el análisis de este episodio no carezca de interés, aunque solo sea para aportar contexto y ciertos elementos al tema que nos ocupa, el reducido espacio del que dispongo, acompañado de la extensión del tema a tratar y sus recovecos, me impide pararme demasiado en ello. Me limitaré a señalar que la dictadura de Primo de Rivera representa un primer asalto a la estabilización de España a través de la mano de hierro. Una estabilización que se proyecta de esa manera en dos principales direcciones. La primera, la modernización o superación de los lastres históricos que España arrastraba, que daban pie a una inestabilidad social constante y creciente. La segunda, el empleo de la represión y la eliminación del enemigo para garantizar dicha estabilidad.

También podemos atisbar ciertos otros elementos que posteriormente se hicieron su lugar y se desarrollaron en el régimen franquista. Huelga decir que este experimento fracasó en ambos objetivos. Las distintas propuestas llevadas a cabo no llegaron a abordar el núcleo de los problemas mencionados. La modificación de las viejas estructuras ni siquiera entraba en la agenda política, el proceso de industrialización seguía sin generalizarse y estaba controlado por una oligarquía minoritaria y una gran influencia del capital extranjero, el régimen de propiedad no había cambiado en lo esencial. Esta suerte de inmovilismo propició el crecimiento de la oposición en los últimos años del régimen, que

de hecho acabó consumiéndose por puro abandono. Y en eso llegó la II. Rep. (tras el breve *impasse* de la dictadura).

Esta se encuentra por lo tanto con un trabajo sin terminar en el ámbito estatal y un complicado contexto internacional (plena crisis económica). La tesitura seguía siendo la misma: la decadencia de un modelo socio-económico caduco, cuyas bases era necesario cambiar. La síntesis fatal de las rémoras antes mencionadas determinó de modo fatal a la República y su desarrollo. Se trata de un círculo vicioso. La sociedad española debía modernizarse, tanto para dejar atrás su estructura socioeconómica y política, como para poder afianzarse como

Se trata de un círculo vicioso. La sociedad española debía modernizarse, para poder afianzarse como alternativa eficaz y estable. Pero la necesidad de acometer las tareas de modernización de España debía ir acompañada de fuerzas que las avalasen.



alternativa eficaz y estable (condición *sine qua non* para garantizar el desarrollo de su concepto). Pero, por otro lado, la necesidad de acometer las tareas de modernización de España debía ir acompañada de bases sociales y fuerzas políticas que las avalasen. Todo ello en una sociedad altamente fragmentada en lo que a intereses de clase se refiere. España se encontraba de lleno en una etapa de transición. Transición tardía en comparación a otras partes del Viejo Continente, pero transición igualmente. Este tipo de transiciones han venido aparejadas de grandes complicaciones políticas históricamente. La existencia de tan dispares voluntades y proclamas vuelve la prosecución de un programa de clase depurado prácticamente imposible. ¡Pregúntenselo a la Unión Soviética! La transición entre modelos de civilización se ha dado históricamente en términos de tensión, violencia e imposición.

Aunque en este caso tampoco vayamos a detenernos demasiado en las políticas llevadas a cabo por la República por las razones antes mencionadas, sí que me gustaría resaltar algunos puntos al respecto, en tanto que se encuentran en relación directa con la voluntad que da pie a la sublevación y se encarna posteriormente en el franquismo. Todas ellas adquieren una mayor significación a la luz del panorama histórico general, sobre el que versaremos más tarde.

En primer lugar, volvamos al punto de la transición entre modelos de sociedad. Todo modelo de sociedad a lo largo de la historia se ha fundamentado en la existencia de grupos sociales con posiciones sociales radicalmente opuestas y por ende con intereses objetivos antagónicos. La tarea de satisfacer los intereses de todos los grupos sociales es, por lo tanto, objetivamente imposible de partida. Este es el fundamento de la lucha de clases. Esto, si cabe, se complica todavía más en las épocas de transición, ya que la composición social es más heterogénea y fragmentaria. Esta fue la primera Espada de Damocles sobre la cabeza de la República. Lo expondré en palabras de Araquistáin: "Ese fue el error de Azaña, su bella utopía Republicana: pensar que era posible construir y regir un Estado que no fuera un Estado de clases, y (...) superarse en todos los pechos la lucha de clases y el instinto de guerra social". Fruto del desarrollo de esta línea política la República se graneó la hostilidad de prácticamente todos los sectores de la sociedad, algo que se tradujo en una gran conflictividad e inestabilidad política.



En segundo lugar, tendríamos la composición del Gobierno. Aunque la República se encarnó en Gobiernos de distintos colores, dependiendo de la época que nos propongamos analizar, todas ellas son reflejo del cambio de paradigma general advertido anteriormente. La gramática política había cambiado, y eso no afectaba solamente a la pertenencia de clase de los políticos de turno, sino a la orientación de sus políticas. Sin duda no me refiero a que la orientación política de los diversos partidos u organizaciones adquiriesen una voluntad revolucionaria, no me malinterpreten. Más bien hago referencia al hecho de que el factor masa adquiere una importancia central a la hora de pensar y ejecutar la política. Con quién haces política, he ahí la cuestión.

En palabras de Araquistáin: "Ese fue el error de Azaña, su bella utopía Republicana: pensar que era posible construir y regir un Estado que no fuera un Estado de clases"

La Revolución de Octubre resignifica y define el conflicto político que atraviesa a la sociedad moderna, llevándola a un nuevo estadio

En tercer y último lugar, su programa. No voy a entrar a analizar el carácter de clase del programa que la Segunda República puso en marcha. En primer lugar porque su trazabilidad a través de sus distintos momentos y etapas es difusa y requeriría de un profundo y extenso análisis y exposición. Y en segundo lugar porque no se ciñe a la tarea que este texto se propone realizar. En su lugar nos limitaremos a observar que la República abrió la posibilidad de una profunda transformación en

materia económica y social. Una posibilidad de eliminar las viejas estructuras económicas y políticas de España, para implementar en su lugar una obra de nueva planta. La forma republicana, la reforma agraria, la reforma educativa, la reforma militar, el proceso de laicización del Estado. Todas ellas son reformas que afectaban potencialmente al núcleo estructural de la formación social española.

Como ya he indicado antes, en cualquier caso, la luz del contexto histórico general concreta cada uno de estos elementos en una dirección concreta, los significa históricamente. ¿Cuál era el contexto internacional de la época? Yo diría que el punto de inflexión que tuerce la historia contemporánea, por lo menos hasta la época que nos ocupa, es la Revolución de Octubre. Sin entrar en detalle, la revolución socialista iniciada con la Revolución de Octubre, resignifica y define el conflicto político que atraviesa a la sociedad moderna, llevándola a un nuevo estadio. Hablo de una dimensión trascendental de esta, ya que su influencia no solo se hace notar en su resonancia en el proletariado mundial, ni siquiera en el influjo revolucionario que la siguió.

Hablo de su impacto a la hora de definir los campos en los que se desarrollaría el conflicto político y, fijar de ese modo el tono épocal. La definición, ya madura, de lo que Carl Schmitt llamaba distinción política específica, la distinción amigo-enemigo. Dicho con otras palabras, eleva a su estadio último el conflicto entre dos voluntades políticas antitéticas, de tal manera que torna el desarrollo histórico en un asunto existencial y sitúa cada evento o proceso histórico dentro de ese conflicto.

La Revolución de Octubre, en cualquier caso, no es más que uno de los vertidos de la Primera Guerra Mundial. Además de hablar acerca del sentido general de la época, es necesario hablar del contexto político particular del periodo de entreguerras. Y es que la guerra mundial dejó una fuerte impronta en los países que no llegaron a disfrutar del bálsamo de la victoria. El imperio austro-húngaro saltó en pedazos y el Gobierno alemán del Kaiser se precipitó en la República de Weimar, ambas consecuencias de haber perdido la guerra. El caso italiano es especial, ya que pese a encontrarse nominalmente en el bando ganador la organización de la paz dejó a la sociedad italiana con un gran resabio a derrota. En el caso de España la costosa transición de la neutralidad a una economía para tiempos de paz generó una serie de dificultades. Todas ellas componen el bando de los que perdieron en la guerra.

Todos estos elementos nos ayudan a situar un poco mejor el régimen franquista, y me refiero a su concepto. Y es que, más allá de sus protagonistas, manifestaciones particulares y sus mutaciones, el franquismo es, en última instancia, la realización de un concepto, de un proyecto. La respuesta particular de la estructura del poder española a una encrucijada histórica. Un plan de reconfiguración para dar salida a una crisis que llevaba décadas prolongándose y ahondando. Me dispongo ahora a volver a un enfoque más cronológico.

Las elecciones de 1936 representan el cruce de todos estos caminos en España. La República venía del llamado Bienio Conservador o Radical-Cedista. Las grandes fortunas del país vuelven a tomar el timón del Gobierno (proceso que se agudizó a medida que se avanzaba en el Bienio) para dar un viraje en sus políticas y desandar los caminos iniciados por el Gobierno que los precedió. Por su parte, se trata de otra etapa de gran conflictividad social y grandes cargas de violencia política, debida principalmente al empuje del movimiento obrero y al desarrollo de su nuevo y genuino antagonista, la Falange Española (partido de inspiración fascista,

Y es que, más allá de sus protagonistas, manifestaciones particulares y sus mutaciones, el franquismo es, en última instancia, la realización de un concepto, de un proyecto. La respuesta particular de la estructura del poder española a una encrucijada histórica.

también en lo que al escuadrismo se refiere), así como a la represión gubernamental, como fenómeno cronificado. La huelga general de campesinos en mayo del 34, y sobre todo el movimiento de octubre de ese mismo año, que desemboca en la Revolución de Asturias, representan la cúspide del nivel de conflictividad e inestabilidad política de esta época, cuyo telón de fondo representan los casi 2.000 muertos por choques de índole política (huelga decir que la gran mayoría pertenecen al movimiento obrero). Las amenazas insurreccionales tanto revolucionarias como contrarrevolucionarias y los planes (ya iniciados) para el golpe militar completaban el marco general de la política española. En el ámbito internacional nos encontramos de lleno en los preámbulos de la Segunda Guerra Mundial. Cabe señalar a este nivel que diferentes sectores de la derecha española llevaban tiempo efectuando acercamientos (también de índole gubernamental) con el régimen de Salazar, la Italia fascista y la Alemania nazi, cuya implicación en la Guerra Civil fue decisiva meses más tarde. Los resultados de la contienda electoral no muestran otro panorama que el señalado. Una participación superior al 70%. Una diferencia porcentual ínfima entre los dos grandes bloques enfrentados, aplastante por lo contrario en comparación a las candidaturas del "centro". Se formó el gobierno del Frente Popular. En cualquier caso, el muro de contención de la democracia en abstracto, no fue suficiente para aplacar el ansia



El franquismo representa un proceso de transformación. Y para ello, era necesario llevar a cabo un proceso de depuración y modelación política, crear un nuevo concepto de ciudadanía en la que la sociedad encajase, a la fuerza.

revolucionaria de las masas. El proletariado rural se lanzó a la consecución de la Reforma Agraria por sus propias manos, a través de la ocupación de tierras, las huelgas se sucedían unas a otras en respuesta a la fuga de capitales y las medidas restrictivas impuestas por los empresarios. Todo seguía su curso. El 17 de julio de 1936 se oficia el levantamiento militar.

La Guerra Civil supuso el inicio del franquismo. Pero no solo por la razón señalada líneas atrás. Los territorios ocupados desde el inicio de la contienda, así como los territorios ocupados a lo largo de la misma empezaron a funcionar basándose en los parámetros políticos de los sublevados desde un inicio. Aunque de manera supeditada a la guerra, se forma el Gobierno franquista y se establecen ciertas líneas de trabajo que prefiguran al régimen en un estadio más maduro. Más allá de esto, es necesario señalar que la Guerra Civil desempeña una función central en lo que respecta al concepto del franquismo, y se muestra así como momento necesario del mismo. El franquismo, además de ser un régimen político con unas características y una evolución determinada, representa un proceso de transformación. Un proceso que se desarrolla a dos principales niveles. Se trata de una propuesta de reestructuración para dar una respuesta a la crisis. Se trató por lo tanto, en primer lugar, de proyectar y realizar un diseño que favoreciera el desarrollo de la estructura económica española en parámetros capitalistas. Y para ello, era necesario llevar a cabo un proceso de depuración y modelación política, crear un nuevo concepto de ciudadanía en la que la sociedad encajase, a la fuerza. La Guerra Civil se nos muestra en ese sentido, tanto en el frente de batalla como en la retaguardia, como trauma (uno de los barros sobre los que se realizaron estos trabajos de modelación), pero sobre todo como dispositivo efectivo para la eliminación total del enemigo. El franquismo se conforma por lo tanto a partir de una dimensión positiva, y fundamental; pero también de una dimensión negativa, igualmente fundamental. Ambos son polos de una unidad. Esta segunda dimensión, asimismo, no se agota en la

represión aplastante de los primeros años del régimen (hablamos de unos 200.000 asesinados durante la primera etapa del franquismo como cúspide o resultado más explícito de la misma, que se dio acompañada de la tortura sistemática, detenciones y demás herramientas, sin contar los cientos de miles de exiliados), aunque, por supuesto, desempeñan un papel esencial. Se trata de un proceso largo y complejo que se desarrolla a lo largo del tiempo, incluso hasta la actualidad, en tanto que responde a un objetivo que trasciende al franquismo como etapa histórica.

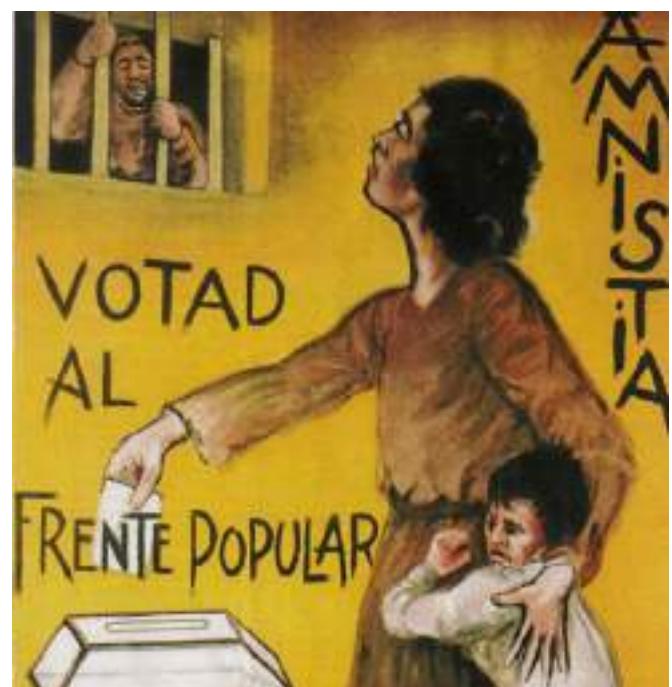
Asimismo, esta etapa estableció de manera radical y explícitó la definición específica de la distinción amigo-enemigo. El bando de los sublevados cierra filas en torno al programa franquista, un elenco de organizaciones y tendencias diversas unidas por el odio a un enemigo común. Falangistas, tradicionalistas, monárquicos y católicos, marchando bajo una misma bandera, en la cruzada por la religión, la patria y la civilización, la cruzada contra el comunismo, como dijera Enrique Pla y Deniel, arzobispo de Salamanca. A sus lados el poder terrenal, el Ejército; y el poder celestial, la Iglesia Católica. Ambas pilares fundamentales en lo que al régimen de Franco se refiere. El análisis de esta misma dimensión en la arena internacional resulta el testimonio más clarificador en lo que a la tesis central de este texto se refiere. Aunque las simpatías de los primeros años del franquismo proviniesen de gobiernos fascistas o demás sucedáneos contrarrevolucionarios de la época, la desaparición de intereses imperialistas particulares a través de

En los primeros años del franquismo, el bando de los sublevados cierra filas en torno al programa franquista, un elenco de organizaciones y tendencias diversas unidas por el odio a un enemigo común





En la cruzada contra el comunismo, los falangistas, tradicionalistas, monárquicos y católicos tenían a sus lados el poder terrenal, el Ejército; y el poder celestial, la Iglesia Católica



su eliminación en la Segunda Guerra Mundial claramente las enemistades fundamentales, el conflicto político fundamental. La democracia se mostraba una vez más como ese primer complemento o prenda, que se quita uno cuando empieza a tener calor. De manera latente, esto puede verse desde el inicio mismo de la Guerra Civil, en la negativa de las potencias aliadas a interceder en el conflicto, en las relaciones comerciales y diplomáticas que mantienen todos estos actores con el régimen y en declaraciones particulares de algunos de ellos.

El Ejército representa el núcleo duro del proceso franquista. Hablamos de una estructura militar heredada de la España pre-republicana, insuflada a partes iguales por un espíritu imperial y aventurero y un fuerte odio a una estructura política que los había "abandonado" y relegado a un papel más secundario. La reforma militar propuesta por Azaña no logró depurar el cuerpo del Ejército de manera adecuada de intereses particulares y ensueños de militares y altos cargos del Ejército (aunque evidentemente no hablamos de todo el Ejército, que era en aquel entonces un cuerpo con dos almas). Son el cuerpo que canaliza la voluntad de salvar España antes mencionada y fueron el cuerpo que cataliza el proceso para realizarla. A partir de ese momento el ejército cumplió un papel determinante a la hora de dar forma y sostén al régimen a cambio de recuperar un lugar central en la estructura política y estatal en España.

La Iglesia católica (que tampoco toda) se alineó de manera inmediata con el bando franquista, en coherencia con ciertos elementos de carácter circunstancial (léase la dirección laicizante de la República o la quema de lugares de culto o propiedades eclesiásticas fruto del odio popular), pero sobre todo de tipo estructural y político. La Iglesia tomó partido en la cruzada antes mencionada, con una función doble, la de aportar un velo de legitimidad y protección, para convertirse, ya en el régimen, en una institución fundamental, tanto a la hora de aportar base social, como a la hora de dotar al régimen de un marco político-religioso, de retomar una teología política con ecos de la época pre-contemporánea. El franquismo se erige como un Estado católico, una forma política que encontraba su fundamento en la trascendencia religiosa.

El Partido Único, la Falange, el movimiento, representa el cascarón del régimen, tanto a nivel social como político, y completaba, de ese modo, la estructura básica de este. Su función era la de canalizar el orden, ordenar el caos social. Para ello se parte de una redefinición del ciudadano, que como

Podemos advertir en la Falange una suerte de genuina manera de, si se me permite la expresión, restaurar la restauración en España, dar una vuelta de tuerca al Canovismo, actualizarla en parámetros de la época de la política de masas

todo concepto de ciudadano, sirve para diferenciar a uno mismo a través de la alteridad. El objetivo: condensar, de esa manera, la doctrina política y aterrizarla en un código ideológico y conductual concreto, para después encuadrarla en una organización de masas. Podemos advertir en ella una suerte de genuina manera de, si se me permite la expresión, restaurar la restauración en España, dar una vuelta de tuerca al canovismo, actualizarla en parámetros de la época de la política de masas. Dota al nuevo régimen político de la posibilidad no solo de eliminar los restos o los elementos externos a su concepto de ciudadano, sino algo más importante si cabe: la posibilidad de integrar a las masas en un programa o proyecto político, que por contenido y forma, le es ajeno y contrario.

El franquismo es la fórmula española para dar respuesta a la crisis de entreguerras. Es una crisis de carácter sistémico, que se despliega a todos los niveles de la sociedad y se expresa de una manera muy explícita y agresiva, amén a las coordenadas históricas generales de la época (choque frontal entre dos voluntades antagónicas que intentan aprovechar este *impasse* crítico para imponer su programa). En el caso del Estado español se le suman a esto una serie de elementos añadidos, que derivan del profundo anacronismo de sus estructuras económicas, políticas y sociales. El contenido del franquismo es un programa que conecta esta España con la España actual, que la moderniza en unos parámetros capitalistas. Su forma responde a su vez tanto a las particularidades de la sociedad española, como a las coordenadas políticas generales de su época, generando un marco político excluyente (incluso de exterminio), de masas, que permite el desarrollo y la estabilización de esa nueva estructura económica y social y que esta reúna las condiciones para perdurar en el tiempo. ●

EL FRANQUISMO: LA COLUMNA OCULTA DE LA ESTABILIDAD DEL CAPITALISMO ESPAÑOL

Texto — **Leire Andino**
Imagen — **Amaiur Ruiz**



El golpe contra la II República no solo impuso un cambio en el poder político, también reestructuró violentamente la estructura económica y social de España, especialmente con el fin de evitar la organización histórica de la clase trabajadora

La primera mitad del siglo XX estuvo marcada por profundos conflictos sociales y políticos, y el alzamiento militar de julio de 1936 trajo consigo un punto de inflexión. El golpe contra la II República no solo impuso un cambio en el poder político, también reestructuró violentamente la estructura económica y social de España, especialmente con el fin de evitar la organización histórica de la clase trabajadora. La Guerra Civil española (1936-1939) supuso la expresión más extrema de esos conflictos sociales y políticos, y la consecuente victoria de los alzados se convirtió en la base para un nuevo régimen autoritario. La dictadura de Franco estableció un orden basado en los principios de “obediencia, disciplina del trabajo y unidad nacional”, en el cual el Estado se afianzó en la alianza entre militares, Iglesia y empresarios. Fue así como se articuló el control político y económico de la sociedad, y todo ápice de organización trabajadora independiente desapareció, quedando todas las esferas del trabajo a manos del Estado.

En este contexto, las primeras décadas del franquismo tuvieron su propia función económica: crear las condiciones para reconstruir el capital destruido en la posguerra y organizar un mercado nacional estable. La autarquía de la posguerra no fue un simple aislamiento económico; también supuso el establecimiento de un control exhaustivo por parte del

Estado a la producción, el precio y la distribución, lo que permitió el refuerzo de unos sectores económicos concretos, sobre todo en el caso de las empresas relacionadas con aquellos que demostraron fidelidad a la oligarquía tradicional y el Régimen. La congelación de salarios, el racionamiento y la restricción de derechos laborales fueron decisivos para priorizar la reconstrucción de la producción y acelerar la acumulación de capital, mientras las condiciones de vida de la clase trabajadora empeoraban sistemáticamente.

La represión tuvo una clara función económica en esta primera fase: El uso masivo de campos de trabajo o de trabajos forzados y la destrucción de sindicatos autónomos crearon una fuerza de trabajo barata y disciplinada. Las estrechas relaciones entre Estado y empresas privadas se reforzaron: la prohibición de huelga, la criminalización de conflictos laborales y el control policial constante fueron herramientas necesarias para establecer una estricta disciplina de trabajo y reconstruir industrias e infraestructuras estratégicas.

En última instancia, el régimen franquista fue una estructura autoritaria eficaz para estabilizar la acumulación de capital y organizar el mercado nacional modernizado. La dictadura compaginó una fuerza de trabajo disciplinada, la intervención directa del Estado y el control estricto de la posición política. Gracias a esto le fue más fácil fortalecer la estructura fundamental del modelo económico capitalista que se desarrollaría en las próximas décadas. En las siguientes líneas, por lo tanto, nos centraremos en los principales cambios económicos que se dieron para la modernización y el afianzamiento del capitalismo, para lo que desgranaremos los principales cambios de cada década.

Durante la guerra, entre 1936 y 1939, la producción nacional de España descendió más de un 30%, y la industria pesada y la agricultura fueron las mayores damnificadas. Miles de trabajadores se quedaron sin trabajo y muchos otros tuvieron que huir al exilio. En el bando sublevado, en su mayoría, hubo unidad a partir de 1937, con la figura de Franco reforzada y establecidas las bases del partido de inspiración nazi-fascista de la Falange Española y de las JONS. Hubo un alto nivel de intervencionismo económico en la gestión de los recursos necesarios para ganar la guerra. Esto posibilitó financiar la guerra sin causar una gran inflación. Al contrario, en el bando republicano, a consecuencia de la excesiva emisión de dinero para invertirlo en la financiación



de la guerra, los precios subieron muchísimo, y el valor de la peseta se desvalorizó (hubo dos pesetas de diferente valor en el mismo Estado en esa época en el mercado).

Una gran parte de la infraestructura pública –ferrrocarriles, puertos y fábricas– quedó destruida y el país se sumergió en una debacle económica. El hambre, la inflación y la escasez de productos básicos se convirtieron en el pan de cada día. Los partidos fascistas, junto con empresarios y grandes terratenientes, tuvieron como objetivo destruir los logros de la clase trabajadora organizada de las anteriores épocas (devolvieron las tierras y empresas expropiadas a sus dueños, impusieron una dura represión contra aquellos trabajadores que participaron en acciones de colectivización, se destruyeron los derechos laborales, etc.).

Tanto en época de guerra como posteriormente, la represión económica se convirtió en herramienta útil para el control de la sociedad: las “depuraciones económicas” se establecieron sistemáticamente en empresas y era común perder el empleo por el mero hecho de ser un “sospechoso político”.

El régimen franquista fue una estructura autoritaria eficaz para estabilizar la acumulación de capital y organizar el mercado nacional modernizado. La dictadura compaginó una fuerza de trabajo disciplinada, la intervención directa del Estado y el control estricto de la posición política.

La época de la autarquía no buscaba el crecimiento económico, sino la construcción de una nueva estructura de poder. El régimen se valió del contexto de crisis económica y social de la Guerra Civil para crear un mercado nacional aislado. Sin competencia externa, el capital privado español, a pesar de encontrarse muy débil, tuvo de nuevo la oportunidad de acumular el poder. La autarquía, al fin y al cabo, fue refugio para reactivar la acumulación de capital.

Pero esa política de puertas cerradas también cumplió otra función: cohesionar alianzas internas de franquistas. Ejército, grandes terratenientes, industrias oligárquicas y Falange encontraron en la autarquía un espacio para alinear sus intereses. La agricultura tuvo precios protegidos; la industria, un mercado seguro; y el aparato estatal, el control completo. La economía, por lo tanto, se convirtió en herramienta de construcción del nuevo bloque de poder. El estricto disciplinamiento de la clase trabajadora completó esa recolocación. Tras la Guerra Civil, se desmantelaron sindicatos, se limitaron los sueldos y se estableció la militarización del mercado de trabajo. Una de las principales bases de la reconstrucción del capitalismo franquista fue una fuerza de trabajo barata y controlada. Así fue como se establecieron las bases del posterior crecimiento milagroso.

Y, mientras tanto, el Régimen presentó la pobreza y las carencias como un “sacrificio nacional”; ese discurso legitimó la miseria cotidiana. El sufrimiento del país no se planteaba en términos de fracaso

El Régimen presentó la pobreza y las carencias como un “sacrificio nacional”; ese discurso legitimó la miseria cotidiana

de una política, sino como el precio a pagar a cambio de un futuro abundante.

Bajo ese prisma, la autarquía no fue un paréntesis contra la modernización, sino una fase previa necesaria para la preparación de la modernización del franquismo. La apertura económica de 1959 no surgió de la nada: la autarquía construyó nuevas estructuras capitalistas, un bloque de poder estabilizado, la disciplina del mercado laboral y la lógica centralizadora de la economía en nombre de la nación. La modernización que después llegaría hubiera sido imposible sin la infraestructura social y política de la autarquía.

El Estado tenía como objetivo desarrollar la capacidad para intervenir en cualquier resquicio de la vida. Y ese intervencionismo se desarrolló de muchas maneras, siendo el control del trabajo y la represión las columnas más importantes. En 1938, antes de que la guerra finalizase, se aprobó el Fuen-
ro del Trabajo, el cual se convertiría en base de la

1. Tabla

Evolución de los salarios reales, 1936-1953

Años	Minería	Metalurgia	Textiles	Agricultura
1936	100	100	100	100
1940	67	68	70	72
1945	45	45	52	57
1953	23	21	24	25

Fuente: A. Carreras, “Dinámica económica y cambio estructural durante el decenio bélico, 1936-1945”, *El Primer Franquismo*, J.L. García Delgado, ed., Siglo XXI, Madrid. Pág. 12.

normativa laboral del régimen franquista. Según el Fuero, la huelga estaba prohibida, no se permitían negociaciones colectivas y todos los sindicatos se integraron en el sindicato vertical vinculado a la Falange Española Tradicionalista y de las JONS. En teoría, este sindicato tenía como objetivo “la unión entre trabajadores y empresarios”; en la práctica, fue un mecanismo centralizado para el control social y político. El poder quedó en manos de empresarios y funcionarios franquistas, y la clase trabajadora no tenía representación real. El salario se limitó a la cantidad mínima denominada “salario base”, y esas míseras remuneraciones se justificaron a través del discurso moral del “sacrificio por la patria”. Mezclando empresarios y trabajadores en la misma organización, en el seno de la “familia” de la empresa, los trabajadores no tenían derecho a una representación colectiva, lo que puso la alfombra roja a la explotación laboral.

En la época de la autarquía, el mercado negro o el estraperlo se convirtieron en la base oculta de la economía. Fuera de los mecanismos de control del Estado, redes informales entre vecinos y familiares posibilitaron la supervivencia, ya que se garantizó la estabilidad de la comunidad a través de redes de intercambio. Así, aquellas redes, a pesar de ser ilegales, fueron la llave de la supervivencia, y estuvieron constituidas a menudo por mujeres. Estas actividades eran de alguna manera toleradas; se realizaba gracias a la complicidad de muchos funcionarios, ya que en cierta medida era una actividad rentable; por ejemplo en el caso de quienes se dedicaban a la compraventa de productos de consumo de primera necesidad (entre otros, el trigo; se calcula que el 50% del trigo proveniente del mercado se dirigió al estraperlo).

Por otro lado, el trabajo forzoso de presos políticos se convirtió en principal herramienta de reconstrucción económica del Régimen: a mediados de la década de 1940, más de 100.000 presos tuvieron que hacer trabajos forzados, sin recibir apenas sueldo por ello y en condiciones inhumanas. El Gobierno de Franco presentó dichos trabajos como “pago del castigo”, pero, en la práctica, se trataba de una forma sistemática de trabajo esclavo. El Estado y los empresarios se aprovecharon de este tipo de trabajo, entre otros, para obtener una fuerza de trabajo casi gratuita.

En los primeros años del franquismo la situación de la mujer cambió de raíz. Se eliminaron los derechos políticos y económicos conseguidos en la II República y la mujer se definió como “madre y esposa ejemplar”. No se aceptaba su inserción al mercado

En aquel sindicato vertical que mezclaba a empresarios y trabajadores en la misma organización, en el seno de la “familia” de la empresa, los trabajadores no tenían derecho a una representación colectiva, lo que puso la alfombra roja a la explotación laboral

laboral y el hogar se convirtió en su ámbito de actividad principal. Sin embargo, la pobreza generalizada obligó a muchas mujeres a trabajar, sobre todo en el mercado negro, ya que era necesario para la supervivencia de muchas familias. La Iglesia católica legitimó ese sistema de moralidad, estableciendo como principales valores la obediencia, la humildad y el silencio. La educación y los medios de comunicación fueron controladas mediante la censura, y la autonomía económica de la mujer se vio totalmente limitada.

Uno de los elementos principales del procedimiento estatal fue su participación directa en la economía. El Estado se convirtió en un gran empresario. A pesar de previamente también habían existido empresas públicas, uno de los símbolos que más importancia tomó en esa época fue el Instituto Nacional de la Industria (INI) creado en 1941. Siguiendo el modelo de Italia (*Instituto per la Ricostruzione Industriale*), el Estado se hizo cargo de industrias estratégicas –siderurgia, armería, red ferroviaria y energía– con la intención de fortalecer la autarquía. El objetivo era conseguir “independencia económica”, pero la mayoría de proyectos no eran rentables. Las condiciones laborales eran duras y los salarios bajos, y aquellos empleos dependientes del Estado se convirtieron en símbolo de disciplina y control social. La productividad era pequeña y la corrupción grande, y como España se encontraba en situación de aislamiento diplomático, no recibía subvenciones económicas internacionales. En los primeros años del franquismo, el 40% de los presupuestos se destinó a intereses militares.

Uno de los elementos principales del procedimiento estatal fue su participación directa en la economía. El Estado se convirtió en un gran empresario.

La mayoría de empresas creadas por el INI en la década de 1940 tenían como objetivo garantizar la autonomía militar y energética de España (embarcaciones, combustible...). Se retrasó la modernización tecnológica y se hicieron apuestas dudosas en la industria pesada muchas de las cuales no fueron rentables en esa década. Por poner un simple ejemplo, se hizo un gasto inmensurable para conseguir un sustituto del petróleo a través de la pizarra, y poco

después ese proyecto se tuvo que abandonar, y así, podríamos hacer una lista interminable de apuestas inútiles.

Esa política trajo consigo dejar de lado la producción de bienes básicos y el país continuó sumido en la pobreza. De todas formas, el intervencionismo no acababa ahí: mediante algunas leyes, diferentes sectores de la industria fueron clasificados según intereses militares. Así, a cambio de "protección", es decir, a cambio de un trato de ayuda, de favor y de privilegio, el Estado conseguía una mayor cuota de control sobre sectores estratégicos de la industria.

Toda esta lógica conllevaba dejar de lado las necesidades de los trabajadores: no se dio ningún tipo de prioridad a productos agrícolas (condicionados por las cartillas de racionamiento para la mayoría de alimentos y el jabón), ni a bienes de consumo, ni a materias primas, ni tampoco a la energía. Es especialmente remarcable el caso de la electricidad: el Estado, con el objetivo de garantizar energía barata para la industria, tasó el precio de la electricidad;

como reacción, no muy lejos de la actitud de las eléctricas del siglo XXI, las compañías eléctricas de la época redujeron o detuvieron la inversión. Lejos de saciar las necesidades de toda la población, a partir de 1944, y hasta la mitad de la década de 1950, los cortes de servicio se convirtieron en algo común.

Con respecto a la alimentación, deberíamos hablar sobre subalimentación, ya que la agricultura española no era capaz de alimentar bien a toda la población: calidad escasa, hambre y aumento de enfermedades a esa falta de alimentos. Entre los historiadores económicos, el caso que más se ha estudiado ha sido la producción de cereal, que se convertía en alimento básico en época de hambruna. El Estado, junto con el Servicio Nacional del Trigo (SNT, fundado en 1937), intervino el mercado y puso varias medidas en marcha: tasó el precio del trigo y empezó a adquirir todo el cereal que se pudiese comercializar, para después vendérselo a fábricas de harinas. El pan negro fue reflejo de estas medidas, es decir, un pan de escasa calidad, debido a que ante el alto

nivel de intervención la harina para hacer pan blanco se guardaba para el mercado negro. Más tarde, el SNT dio el salto para monopolizar la compra de productos más allá del trigo, con el objetivo de controlar el mercado en general.

La inversión realizada en agricultura fue irrisoria. Podríamos hablar del inicio de la construcción de pantanos, pero todavía no estaban en marcha y no se tomó ninguna otra medida efectiva. Los terratenientes también se aprovecharon de los bajos salarios, recuperaron tierras echando a los arrendatarios y contrataron jornaleros, y no invirtieron en mecanización ni abonos, ni otros avances; la productividad iba cuesta abajo.

El Gobierno franquista le abrió las puertas a un enriquecimiento progresivo de la clase media: recuperación de tierras, estabilización de precios y oportunidad de usar el estraperlo. De esa alianza se beneficiaron tanto pequeños propietarios del norte como grandes empresarios del campo. Sin embargo, dichas ganancias estaban condicionadas, ya que el Estado se beneficiaba de ellas: obligaba a redirigir esas ganancias a las cajas de ahorro rurales, para luego destinarlas a la financiación de la inversión industrial en las siguientes décadas.

Bajo la política proteccionista, a cambio de "protección", es decir, a cambio de un trato de ayuda, de favor y de privilegio, el Estado conseguía una mayor cuota de control sobre sectores estratégicos de la industria



La falta de planificación residencial y urbanística convirtió el chabolismo en “solución de urgencia” para muchas familias

El crecimiento del gasto del Estado, al principio, se hizo a base de aumentar la deuda interna; y después, mediante la inflación (entre otros, se habilitó a los bancos para la compra de deuda estatal que después cambiaban esa deuda en el Banco de España por dinero líquido, aumentando más si cabe la inflación). La época de la autarquía quedó muy lejos de ser una autarquía real. El Estado se vio irónicamente atrapado en un círculo vicioso en el que la incapacidad de financiación para llevar a cabo políticas económicas fue una de las bases su fracaso.

A principios de la década de 1950, después de la Segunda Guerra Mundial y a un año de la creación de la OTAN, el mundo estaba dividido en dos bloques político-ideológicos y España buscó exitosamente su lugar en ese nuevo contexto. De ser amiga de países nazis y fascistas, pasó a convertirse en refugio del anticomunismo, lo que Estados Unidos vio con buenos ojos. Así llegaron los denominados “Pactos de Madrid”, un acuerdo entre España y Estados Unidos. A cambio de establecer bases militares permanentes en España, Estados Unidos ofreció ayudas económicas cuantificadas en más de 500 millones de euros a España, y esas ayudas económicas continuaron hasta el año 1959. Estas ayudas fueron útiles para hacerle frente a la recesión que el Estado arrastraba desde la autarquía: se importó tecnología nueva, materias primas estratégicas o maquinaria. El Estado se lanzó a combatir el ahogamiento y a construir la recuperación económica mediante el Plan de Estabilidad de 1959.

A pesar de que se mantuvo una política económica autárquica e intervencionista, el control también se relajó. Esa apertura relativa fue notable en agricultura, en tanto que el SNT dejó de tener el control sobre algunos productos y esto, en cierta medida, impulsó el aumento de la producción de cereal. Las políticas de regadío de aquella década tuvieron un gran impacto en la agricultura. La apuesta principal se centró en la construcción de pantanos; ver a Franco inaugurar este tipo de infraestructura se convirtió en una estampa común. De tener 3.600 millones de m^3 (1940) se pasó a tener 36.900 millones de m^3 (1970), y la mayoría de embalses se construyeron a partir de la década de 1950. La recuperación de la agricultura puso poco a poco condiciones para salir de la subalimentación. Se acabó

con el racionamiento y se aligeró el control sobre los alimentos y el consumo eléctrico (debemos tener en cuenta que todavía a principios de la década de 1950 se mantenía el racionamiento de víveres principales, por ejemplo, del pan). Algunos historiadores defienden que la década de 1950 fue la época dorada de la agricultura tradicional para los terratenientes gracias a una paz social impuesta, un proteccionismo estatal en el mercado del cereal y la normalización de la mecanización y del uso del fertilizante. Y al mantener bajo el salario de agricultores, el sector de la agricultura se volvió aún más rentable.

Sin embargo, como consecuencia de las políticas de la autarquía, la industria se convirtió en el principal sector de España, por encima de la agricultura. En la década de los cincuenta, el INI dejó de lado su militarismo inicial, y concentró su actividad en el sector de la energía, sobre todo en hidrocarburos (Encaso, Repesa) y electricidad (Endesa, ENHER), con el objetivo de aliviar los problemas de suministro eléctrico. Al mismo tiempo, el Instituto amplió el sector metalúrgico (creando Ensidesa) e impulsó la industria automovilística (Seat, ENASA). La industrialización española se quedó a las puertas de la “madurez”, con un equilibrio aproximado entre los sectores de bienes de consumo y bienes de equipo. Era ejemplo de un modelo de industrialización llevado a cabo con el objetivo de sustituir la importación.

El Estado también empezó a aumentar el gasto destinado a la economía y el ámbito social, a pesar de que todavía la miseria era rampante. Los problemas de la vivienda y el fenómeno del chabolismo que crecía alrededor de las ciudades ejemplificaban las condiciones de vida extremadamente adversas. Entre 1939 y 1954, la construcción de viviendas sociales en España fue escasa. La principal organización del Estado, la Obra Sindical del Hogar (OSH), apenas construyó 10.000 viviendas, cifra insignificante frente a la acuciante necesidad en toda España.

Mientras tanto, la población urbana crecía rápidamente. Entre 1940 y 1960, la población de España creció en siete millones de personas y, a su vez, más

de cuatro millones de personas dejaron el medio rural para irse a la ciudad. La falta de planificación residencial y urbanística convirtió el chabolismo en “solución de urgencia” para muchas familias.

El éxodo rural de las décadas de los 50 y los 60 fue uno de los mayores procesos sociales de la España del siglo XX. Entre 1950 y 1975, más de seis millones de personas cambiaron de provincia para buscar trabajo. En ese periodo, las ciudades industriales vivieron uno de los mayores crecimientos: Bilbao, por ejemplo, pasó de 195.000 habitantes en 1940 a 410.000 en 1970 (considerando el núcleo urbano), y el Gran Bilbao tenía más de 750.000 habitantes. Ese crecimiento, sin embargo, fue mucho más grande que la capacidad de construcción regulada de viviendas.

El Estado permitió el chabolismo, en tanto que cumplía una función económica importante, ya que garantizaba fuerza de trabajo barata cerca de las industrias. Siguiendo con el ejemplo de Bilbao, en 1957 había mínimo 7.200 chabolas en dicha urbe.

El final de la década de 1950 marcó un antes y un después en la historia del franquismo. Cuando quedaron de manifiesto los resultados de las políticas de aislamiento y autarquía aplicadas durante largas décadas, el Régimen tuvo que necesariamente aceptar que su modelo estaba agotado: una alta inflación, una producción baja y la escasez de medios económicos demostraron la necesidad de realizar cambios en aquel sistema tan cerrado. Era necesario cambiar la economía de España, y el nuevo contexto internacional –dinámica de la Guerra Fría, interés



Fuente de la imagen: *La Vanguardia*

estratégico de Estados Unidos y apertura progresiva de mercados internacionales- abrió las puertas a una nueva oportunidad para el Régimen. Así, teniendo en cuenta que el crecimiento económico todavía estaba limitado y la presión causada por las tensiones internas (la miseria era generalizada y empezaron a salir a la luz problemas sociales: las huelgas de 1951 y 1956, la creación de ETA, los movimientos estudiantiles...), se tomó la decisión de modificar la política económica y estabilizar el sistema mediante un proceso de liberalización.

La creación del Plan de Estabilización marcó esa nueva dirección. El objetivo era claro: hacer frente al fracaso de la autarquía económica y que España se abriera al capital extranjero y a nuevos mercados, sin perder control político. Para ello, el Régimen dejó la responsabilidad económica en manos de un grupo de tecnócratas, la mayoría miembros del Opus Dei, y su proyecto se basó en el intento de conciliar la efectividad de mercado y la moral católica. Franco, todavía en el poder, dejó la gestión del día a día en manos de los tecnócratas, quienes dirigieron las primeras fases de la liberalización económica. El Plan de Estabilización tenía tres pilares principales: estabilizar la moneda, reducir el gasto público e impulsar la inversión extranjera. A partir de 1960, la economía tuvo un rápido crecimiento, en tanto que el producto interior bruto creció en torno al 7% durante varios años. El país se sumergió en un proceso de modernización y el mantenimiento de salarios bajos, una mayor disciplina laboral y la falta de libertad sindical constituyeron la base del "milagro económico". El plan se realizó con el consejo del Fondo Monetario Internacional y Organización Europea de Cooperación Económica, de quienes después recibirían la mayoría de ayudas, así como de la banca privada de EEUU.

Esa rápida industrialización trajo cambios profundos a nivel social. Los sectores de la automoción, la siderurgia y la construcción tuvieron el mayor crecimiento, y miles de trabajadores encontraron ahí su empleo. Al mismo tiempo, la pobreza del campo y la mecanización de la agricultura empujaron a emigrar a millones de personas. La migración interna de España tomó una dimensión enorme: entre 1950 y 1975, alrededor de siete millones de personas se movieron del campo a la ciudad, lo que transformó el urbanismo completamente. La sociedad rural tradicional se descompuso y en las ciudades industrializadas apareció una nueva clase media, a costa de la explotación de una amplia masa trabajadora explotada. Se crearon nuevos barrios proletarios, los cuales albergaban una infraestruc-

La sociedad rural tradicional se descompuso y en las ciudades industrializadas apareció una nueva clase media, a costa de la explotación de una amplia masa trabajadora explotada. Se crearon nuevos barrios proletarios, los cuales albergaban una infraestructura escasa y unas condiciones de vida difíciles, pero allí se crearon, al mismo tiempo, nuevas oportunidades para revivir la organización trabajadora.

tura escasa y unas condiciones de vida difíciles, pero allí se crearon, al mismo tiempo, nuevas oportunidades para revivir la organización trabajadora.

A finales de la década de los 50, Gasteiz se convirtió en un experimento paradigmático de la nueva industrialización. El llamado Plan de Desarrollo Industrial (1957) de Álava no trajo grandes avances desde la perspectiva del desarrollo económico, pero fue una reproducción exacta de la estructura económica del franquismo.

Los polígonos industriales de Gamarra, Ali y Betoño no surgieron de las dinámicas naturales del mercado; fueron resultado de una red corporativo entre Estado y bancos privados, bajo el amparo de élites económicas y religiosas locales. La alianza de intereses formada entre alta burguesía, sacerdotes importantes y autoridades locales franquistas condicionaba el desarrollo de la industria, y el clientelismo y la corrupción ocultas tras el discurso de



modernización se convirtieron en práctica habitual. Muchas empresas -Michelin, MEVOSA, Forjas Alavesas- consiguieron tierras baratas y exención de impuestos a través de contactos personales y políticos.

Detrás de todo esto se mantuvo la lógica social y política del franquismo: estricta disciplina laboral, presencia persistente de la policía y control de representantes del sindicato vertical en reuniones de trabajadores. La industrialización de Gasteiz fue la expresión más clara de la modernización tecn-

Los polígonos industriales de Gamarra, Ali y Betoño no surgieron de las dinámicas naturales del mercado; fueron resultado de una red corporativo entre Estado y bancos privados, bajo el amparo de élites económicas y religiosas locales

crática del franquismo: de apariencia progresista y vestida de eficiencia, pero arraigada básicamente en el viejo control social y en la red corporativa del poder económico. Debajo del discurso de desarrollo económico, la estructura autoritaria de la sociedad perduró y el proceso de industrialización de Euskal Herria demostró cómo modernización y opresión social fueron de la mano en la época de la dictadura.

En el contexto del Plan de Estabilización (1959-1961), se produjo un gran crecimiento económico por medio de una reducción de los costes de producción y un aumento de la productividad por parte de las empresas; para ello, se aumentó la intensidad del trabajo y empeoraron las condiciones laborales -reduciendo salarios (40%, en algunos casos) o eliminando la opción de horas extras-. La Ley de 1961, de Relaciones Laborales, facilitó los despidos, y muchos trabajadores necesitaban un segundo trabajo, a menudo ilegal, para satisfacer las necesidades básicas de la familia. Al mismo tiempo, la participación de la mujer en la economía aumentó notablemente como salario complementario, a pesar llevarse en secreto: trabajaban en sastrería o en limpieza, con una larga jornada y un salario escaso. El régimen de Franco reprobó moralmente el trabajo público de la mujer, pero el propio sistema económico obligó a la mujer a entrar en mercados paralelos, convirtiéndose el trabajo femenino en pieza necesaria para la supervivencia.

La nueva generación de jóvenes no creía en el discurso de la “colaboración”

El sindicato vertical todavía era la herramienta para la gestión oficial del trabajo, pero, a mediados de la década de 1960, su eficacia y legitimidad comenzaron a resquebrajarse. La nueva generación de jóvenes no creía en el discurso de la “colaboración” y empezaron a usar estrategias sutiles como huelgas silenciosas, paros y baja productividad. El Estado continuaba prohibiendo las huelgas, pero las movilizaciones clandestinas se hicieron cada vez más comunes y las acciones de desobediencia de trabajadores empezaron a desgastar las bases sociales del Régimen. Aun así, el control político era estricto: las detenciones, las depuraciones y las medidas para silenciar a la disidencia eran algo constante.

La década de los 60 marcó el comienzo de una nueva época. Con el Plan de Estabilización de 1959, el régimen de Franco renunció a la autarquía estrecha y se abrió a la economía internacional. Esta decisión impulsó el desarrollismo, en el cual se consolidaron el impresionante desarrollo económico y la rápida modernización, lo que causó una profundización de las desigualdades sociales. En las próximas dos décadas España se convirtió en ejemplo clásico de la industrialización tardía del siglo XX. Desde 1960 a 1975, la economía de España se triplicó y la renta per cápita se multiplicó más del doble. La velocidad del desarrollo fue intensa y España se acercó al nivel de desarrollo de Europa occidental. Ya no era un país cualquiera en vías de desarrollo; su industrialización tardía se aceleró mediante el capital internacional, la mano de obra barata y numerosas y la expansión progresiva del consumo de masas.

La industria fue el mayor motor de ese crecimiento. Los planes nacionales de desarrollo iniciados por el Gobierno a partir de 1964 planificaron la dirección con un objetivo claro: pasar a una economía basada en la industria pesada, química y mecánica.

En Burgos, Huelva, Vigo, Zaragoza, Sevilla y otros puntos de Galicia y Andalucía se crearon polos industriales. Esta red de industrias no respondía a una estrategia aleatoria: el Estado protegió fiscalmente a los sectores estratégicos y, al mismo tiempo, las multinacionales –sobre todo del sector automovilístico– vieron una oportunidad de establecer la producción en España: mano de obra barata, suelos baratos y un mercado insaciable. Renault, Chrysler, Ford y Seat se convirtieron en ícono de la

modernización; a partir de la década de 1950 el sector automovilístico se erigió como el nuevo símbolo de la economía. La creación de Seat (Sociedad Española de Automóviles de Turismo) fue el proyecto industrial más fuerte de aquella época. Las ayudas del Estado, el uso de patentes extranjeras (a través de FIAT) y la flexibilidad en el control burocrático fueron claves para conseguir el éxito. En Barcelona y en las zonas industriales de su alrededor, miles de trabajadores entraron a trabajar en las fábricas, y las primeras huelgas y paros coordinados también sucedieron allí a comienzos de la década de 1960. Empresas como Seat establecieron una dura disciplina del trabajo, pero, a su vez, también se convirtieron en laboratorios del nuevo movimiento obrero, donde la tensión entre obediencia y dignidad era cada vez más palpable.

El sector de la construcción también explotó, como consecuencia de rápidos procesos de urbanización y de la gran demanda del turismo. En cuestión de pocas décadas, las grandes ciudades españolas se convirtieron en escaparate para el consumo de la construcción: nuevos barrios crecían bloque a bloque. La rápida urbanización y de mala calidad trajo gran escasez de infraestructura. El Estado no tenía capacidades para cubrir las necesidades básicas de la población y esto llevó a los vecinos y las vecinas a la autogestión. Muchas veces la red de abastecimiento, las conexiones de agua y luz, y la creación de colegios y asociaciones se realizaron a través de la organización de las redes de trabajadores y trabajadoras.

El sistema de oligopolios desarrollado en los sectores de la energía y la automoción fue uno de los pilares ocultos de la economía franquista. La distribución del petróleo y la electricidad se dejó en manos de algunas familias: compañías como

El Estado continuaba prohibiendo las huelgas, pero las movilizaciones clandestinas se hicieron cada vez más comunes y las acciones de desobediencia de trabajadores empezaron a desgastar las bases sociales del Régimen

En Barcelona y en las zonas industriales de su alrededor, miles de trabajadores entraron a trabajar en las fábricas, y las primeras huelgas y paros coordinados también sucedieron allí a comienzos de la década de 1960. Empresas como Seat establecieron una dura disciplina del trabajo, pero, a su vez, también se convirtieron en laboratorios del nuevo movimiento obrero.

CAMPSA, Iberduero o Hidroeléctrica Española recibieron privilegios monopolistas a cambio de lealtad al Régimen. Esta red de intereses que conectaba Iglesia, Ejército y élites franquistas consolidó la cultura del clientelismo. En el sector de la construcción, la necesidad creada a raíz de la destrucción en la posguerra dejó vía libre a una corrupción generalizada: los planes de viviendas sociales y las grandes obras de infraestructura se adjudicaban por el sistema de “concesión directa”, sin concurso, y detrás de los contratos públicos solía haber remuneraciones políticas o complicidades económicas.

El crecimiento del sector automovilístico y la inversión pública a través del INI crearon riqueza, pero, al mismo tiempo, también aumentó el clientelismo tecnocrático. Muchos altos cargos del Estado participaban en consejos de compañías privadas y redirigían recursos públicos a intereses privados. Muchos empresarios franquistas se aprovecharon del discurso del mercado libre y mientras trabajaban estrechamente con el Estado. Así surgió el capitalismo español que ha perdurado durante décadas: una mezcla entre economía privada basada en el amparo del Estado y una falsa imagen del mercado. La corrupción en el franquismo no fue ningún accidente, sino la propia expresión de la lógica del sistema. El clientelismo político-económico atravesaba toda la estructura institucional. Las grandes empresas se enriquecían al amparo del Estado y, a cambio, ofrecían fidelidad política. Las “relaciones de confianza” se convirtieron en condición para la contratación pública y la ayuda económica.

Aunque la agricultura fue un pilar histórico en la estructura económica de España, la situación cambió de raíz en la década de los 60. La mecanización, la expansión del regadío, la generalización de abonos y el uso de semillas híbridas aumentaron la productividad, pero también causaron una enorme reducción de la mano de obra. Todo este proceso se dio a conocer con el nombre de “revolución verde”. El resultado fue dramático en muchas zonas rurales: millones de personas se trasladaron a la ciudad en busca de trabajo; entre 1960 y 1975, más de dos millones de personas abandonaron el campo. Este proceso asentó las bases de lo que se conoce como “la España vaciada”. Aquel éxodo alimentó el crecimiento de la industria, ofreciendo mano de obra barata, pero también trajo una urbanización salvaje y caótica: barrios pobres, falta de viviendas e infraestructuras débiles.

El Plan de Estabilización expandió el dinamismo del comercio y el mercado. A pesar de que España tuviese que importar muchas máquinas y petróleo, las exportaciones también aumentaron: acero, textiles, zapatos y barcos, sobre todo. Los principales apoyos fueron tres:

1. **Expansión del turismo:** en 1960, tres millones de turistas; en 1975, 30 millones. La costa mediterránea, territorio basado anteriormente en la pesca o la agricultura, se convirtió en una zona turística llena de segundas viviendas, hoteles e infraestructuras gigantes. Trajo grandes ingresos, pero también la destrucción del medio ambiente.

La corrupción en el franquismo no fue ningún accidente, sino la propia expresión de la lógica del sistema. El clientelismo político-económico atravesaba toda la estructura institucional. Las grandes empresas se enriquecían al amparo del Estado y, a cambio, ofrecían fidelidad política.

La obediencia mediante el trabajo, poco a poco, se fue convirtiendo en razón para la lucha, y esa fue la primera ruptura social en la estabilidad del franquismo

2. Remesas de la emigración: el aumento del desempleo generó una emigración masiva a los países industrializados de Europa durante toda la década de los 60. Hasta principios de la década de los 70, más o menos, el dinero enviado por casi dos millones de españoles desde Alemania, Suiza, Bélgica y Francia fue fundamental: además de ayudar a las familias, aportaba divisa fresca al Estado; muchas veces la financiación de la industria se pagó gracias a estas remesas.

3. Inversiones extranjeras: la presencia masiva de multinacionales se expandió en la década de los 60. Trajeron tecnología moderna, pero España asumió también dependencia técnica y estratégica.

Los precios subieron sin cesar, más que en muchos países de Occidente en esa misma época. Las infraestructuras públicas eran escasas: el sistema sanitario, la educación y la seguridad social estaban atrasados. La sociedad española pasó a una época de consumo, pero las bases del estado de bienestar eran casi inexistentes. Además, los conflictos laborales empezaron a aumentar. A mediados de la década de los 60, el movimiento obrero se activó de nuevo, aunque seguía siendo ilegal. La creación de Comisiones Obreras fue uno de los hechos más reseñables: nació a raíz de una alianza entre movimientos de trabajadores cristianos y partidos comunistas, y se organizó mediante un sistema asambleario en las fábricas. La representación elegida, las negociaciones informales de condiciones laborales y los prepara-

tivos de huelgas generales se convirtieron en algo común. Históricas organizaciones como UGT y CNT todavía eran ilegales, pero muchos miembros participaron en las estructuras de CCOO. Las huelgas de Asturias y de Bizkaia de 1962 se convirtieron en hitos: miles de trabajadores participaron y el Régimen no pudo silenciar todo. La obediencia mediante el trabajo, poco a poco, se fue convirtiendo en razón para la lucha, y esa fue la primera ruptura social en la estabilidad del franquismo.

El desarrollismo fue una de las modernizaciones más rápidas de la historia de España. El país se industrializó, se urbanizó, se internacionalizó y se convirtió en una sociedad de consumo moderna. Pero el proceso también dejó sus propias sombras: dependencia tecnológica, falta de rapidez en la energía, insuficiencias en el estado de bienestar, desequilibrios entre territorios y una pequeña industria débil. La crisis de petróleo de 1973 y la muerte de Carrero Blanco sacaron a la luz los límites y las tensiones internas del modelo, y a finales de la década de los 70, junto con la muerte de Franco, España se dirigió a una transformación política y económica profunda, portando todavía restos del desarrollismo a sus espaldas.

El empujón económico dado por el régimen franquista reforzó la estructura del capitalismo, y normalizó una organización concreta de relaciones público-privadas. El crecimiento industrial, el aumento de la inversión extranjera y las grandes obras públicas fueron las principales características de esa época, y las redes político-económicas creadas a su alrededor tuvieron una gran influencia en el desarrollo de las siguientes décadas.

A pesar de que la Transición trajo un nuevo marco político, las investigaciones subrayan que varias dinámicas históricas tuvieron continuidad en el tiempo. Las estructuras de la época desarrollista han tenido cierta resonancia en la evolución de los vínculos entre la Administración y determinados sectores económicos, en la configuración de la contratación pública o en la presencia de redes de influencia. Así lo demuestra este reportaje: el pasado no ha desaparecido, sino que ha perdurado incorporado en nuevas formas. ●

EL FRANQUISMO Y LAS LENGUAS

Texto — **Leire Laborda**

Imagen — **Zoe Martikorena**



Es una verdad conocida que la dictadura de Franco persiguió a las lenguas que no fuesen el castellano. Menos se ha hablado, sin embargo, del regionalismo que existió entre los franquistas. El nacionalismo español, que se encuentra en la base del franquismo y del falangismo, atacó a las lenguas minorizadas de las naciones oprimidas. Asimismo, es de interés entender cómo y por qué cambió la actitud hacia estas lenguas en los últimos años de la dictadura. En estas líneas, analizaremos la política lingüística de la época franquista, prestando especial atención al catalán y al euskera.

ANTES DEL FRANQUISMO

Antes de entrar en la política lingüística franquista, hay que tener en cuenta que las medidas contra las lenguas minorizadas no comenzaron con el franquismo. En el caso del euskera, en la historia precapitalista, encontramos ejemplos de ciertas medidas contra esta lengua, por razones muy diversas: las prohibiciones de hablar euskera establecidas en 1239 en Ojacastro (La Rioja) o en 1349 en Huesca, entre otras.

Sin embargo, a medida que surgieron los Estados nación modernos, junto con el surgimiento del capitalismo, se aceleró el proceso de imposición de un único mercado y un gran estado nacional de acumulación de capital, que incluía el arrinconamiento de las lenguas de las naciones oprimidas: la prohibición de los libros en euskera por parte del conde de Aranda en 1776, la orden de uso del castellano en las aulas establecida por la ley Moyano en 1857, la obligatoriedad de redactar todos los documentos públicos en castellano en 1862 (actualmente vigente), la prohibición de las obras de teatro en euskera ordenada por Isabel II en 1867, etcétera.

Unos años antes del inicio del franquismo, durante la Segunda República, se redactó la nueva Constitución española (1931), en la que se reconocía el derecho a hablar y a enseñar las lenguas locales, pero siendo el castellano la principal lengua del Estado español:

El castellano es el idioma oficial de la República. Todo español tiene obligación de saberlo y derecho de usarlo, sin perjuicio de los derechos que las leyes del Estado reconozcan a las lenguas de las provincias o regiones. Salvo lo que se disponga en leyes especiales, a nadie se le podrá exigir el conocimiento ni el uso de ninguna lengua regional. (Artículo 4 de la Constitución)

En cuanto al ámbito educativo, la Constitución realizaba las siguientes especificaciones:

Las regiones autónomas podrán organizar la enseñanza en sus lenguas respectivas, de acuerdo con las facultades que se concedan en sus Estatutos. Es obligatorio el estudio de la lengua castellana, y esta se usará también como instrumento de enseñanza en todos los Centros de instrucción primaria y secundaria de las regiones autónomas. El Estado podrá mantener o crear en ellas instituciones docentes de todos los grados en el idioma oficial de la República. (Artículo 50 de la Constitución)

Por otra parte, pertenecen a esta época los proyectos de los estatutos de autonomía de las regiones, en 1932 en Catalunya y en 1936 en el Euskal Herria. En 1936, se redactó el Estatuto de Autonomía de Galiza, pero no llegó a aplicarse, ya que estalló la Guerra Civil tres semanas después. En 1939, la victoria franquista abolió la República y los estatutos de autonomía aprobados por la Constitución fueron suspendidos.

PRIMEROS AÑOS DEL FRANQUISMO

El partido Falange Española buscaba sentar los cimientos del nacionalismo español y, en muchos casos, atacó violentamente a las lenguas locales y a las culturas vinculadas a la resistencia republicana, por motivo del separatismo. El programa de la Falange de 1934 señala claramente la cruzada contra este: “todo separatismo es un crimen que no perdonaremos jamás”.

Sin embargo, llama la atención que la Falange, cuando se disponía a conquistar Catalunya, tenía los folletos y la propaganda preparados en catalán, y la autoridad militar no les permitió distribuirlos. El propio Ramiro de Ledesma, uno de los principales teóricos del fascismo, ponía la cultura y el catolicismo como bases y pilares de la nación española, no la raza, ni la lengua. De hecho, en el seno franquista, algunos entendían las lenguas y culturas de cada región como algo de lo que sentirse orgullosos, como una riqueza propia de España, siempre de forma folclórica. El alcalde franquista de Barcelona, Mateu i Pla las define en 1939 como “sanos y nobles apegos a tradiciones sagradas y a usos y costumbres que fueron siempre la esencia misma del patriotismo español”. Al finalizar la Guerra Civil, el político franquista Serrano Súñer decía: “¿El lenguaje catalán? ¿Por qué no? Si el catalán es un vehículo del separatismo, lo combatiremos. Imagínese que el castellano –aunque esto no pueda suceder– llegara alguna vez a ser un factor contrario a la grandeza de España. ¿No estaríamos obligados a combatirlo? Si el catalán es un elemento de la grandeza de España, ¿por qué no respetarlo?”.

En cuanto al ámbito educativo, la Constitución realizaba las siguientes especificaciones:

Por lo tanto, parece que, en un principio, en la Falange existía una visión que comprendía y reconocía las lenguas y culturas de cada región como parte de la españolidad. No obstante, el otro punto de vista también tenía mucha fuerza. Reflejo de esto último pueden ser las siguientes declaraciones publicadas en el diario *Domingo de San Sebastián* en 1937: “Aquí (Euskadi) y en la orilla mediterránea (...) se cultivaban los dialectos como si fueran bacilos de una peste con la que, desde siempre, tenían meditado contaminar nuestro robusto sentido nacional. Al morbo separatista le iba bien el clima de los dialectos. (...) Sin duda, por su aprovechada virulencia es por lo que ningún oído de buen español puede prescribir palabras dichas en los dialectos de España sin un estremecimiento de tímpano, considerándolos poco menos que una agresión al nacionalismo de quien los escucha, naturalmente, contra su voluntad. (...) Idioma uno en la España una”.

El propio Franco se expresaba así: “España se organiza en un amplio concepto totalitario, por medio de instituciones nacionales que aseguren su totalidad, su unidad y continuidad. El carácter de cada región será respetado, pero sin perjuicio para la unidad nacional, que la queremos absoluta, con una sola lengua, el castellano, y una sola personalidad, la española”. El lema conocido de España era “Una, Grande y Libre”. Y se propagaban mensajes como: “¡Camarada! Tienes obligación de perseguir al judaísmo, a la masonería, al marxismo y al separatismo. Destruye y quema sus periódicos, sus libros, sus revistas, su propaganda.”

Parece que, en un principio, en la Falange existía una visión que comprendía y reconocía las lenguas y culturas de cada región como parte de la españolidad. No obstante, el otro punto de vista también tenía mucha fuerza.



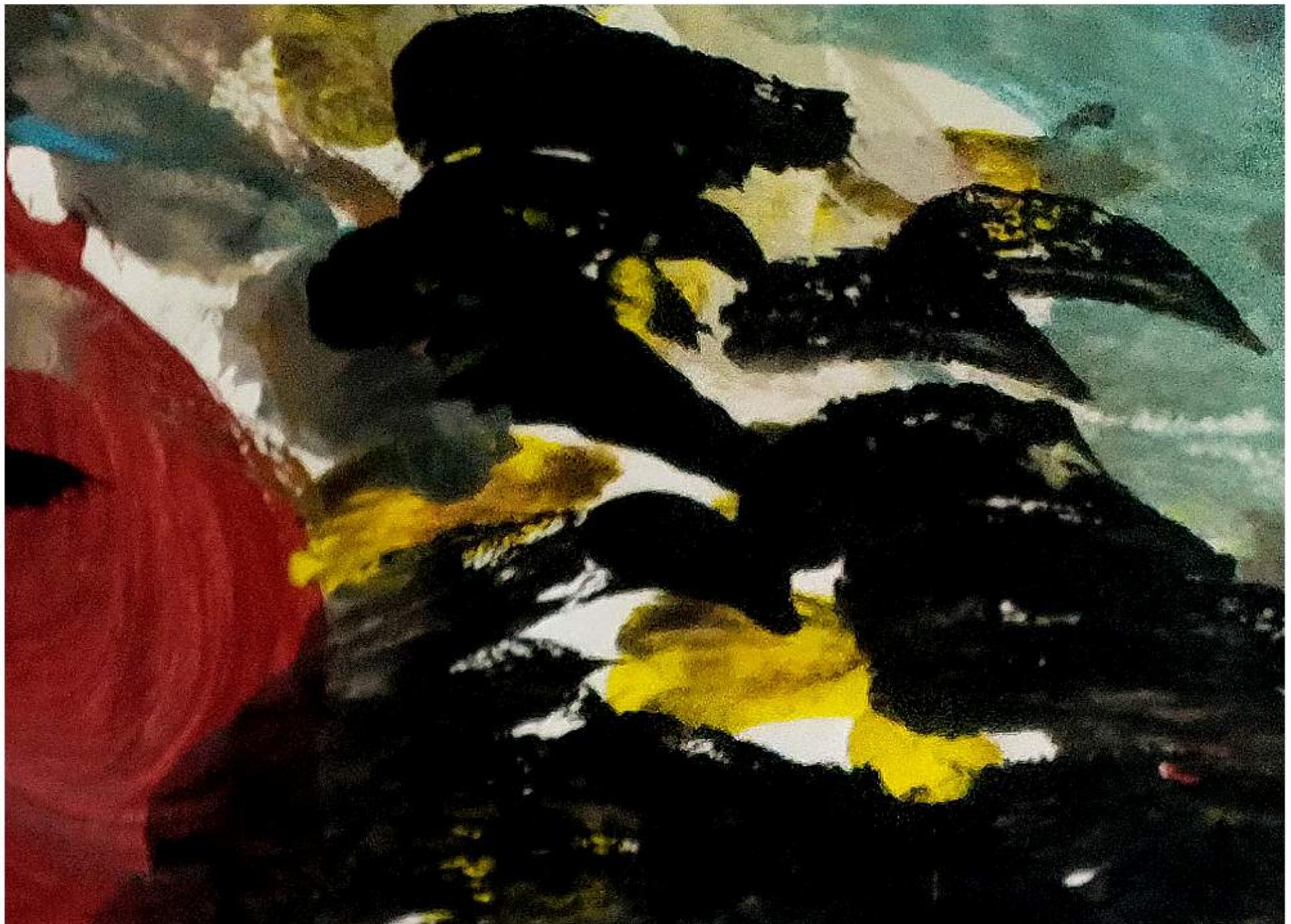
Este era uno de los lemas más conocidos de España:

"¡Camarada! Tienes obligación de perseguir al judaísmo, a la masonería, al marxismo y al separatismo.

Destruye y quema sus periódicos, sus libros, sus revistas, su propaganda"

Las autoridades franquistas prohibieron el uso del euskera en la capital guipuzcoana: "Se denunciará a todo aquel que infrinja lo dispuesto sobre la prohibición de hablar idiomas y dialectos diferentes del castellano", ordenó la comandancia militar de San Sebastián el 29 de mayo de 1937. El uso de las lenguas locales, tanto en el ámbito público como en el privado, podía ser castigado con multas. En las aulas golpeaban con una regla y castigaban duramente a los niños y niñas que no hablaban español. Además de en la calle y en la educación, el euskera fue prohibido en misa. La orden del Gobierno Civil de Bizkaia de noviembre de 1949 ordenó la retirada de los escritos en euskera de las tumbas. Las lápidas con escritos en euskera fueron cubiertas de cemento; testigo de ello son las multas y los registros.

El uso de las lenguas locales, tanto en el ámbito público como en el privado, podía ser castigado con multas. En las aulas golpeaban con una regla y castigaban duramente a los niños y niñas que no hablaban español.



José Antonio Agirre, en su mensaje enviado a la UNESCO en 1952, dio a conocer la opresión de las lenguas que se estaba produciendo en España y citó, entre otros, el cierre de la universidad vasca, las asociaciones sociales y culturales ocupadas por el ejército, la quema masiva de libros en euskera, la erradicación del euskera de las escuelas, de las reuniones públicas, de los programas de radio, de los periódicos o de las revistas.

En el mismo sentido, tenemos varios ejemplos de medidas adoptadas para erradicar el catalán del ámbito público. En marzo de 1939 se leía en *El Noticiero Universal* de Barcelona: "Muy apreciable la lengua catalana en el ambiente doméstico y familiar: muy apreciable también como signo de tradición". En cambio, en ese mismo periódico, en abril de 1939, el catalán se denominaba "factor contrario a la grandeza de España". Las obras teatrales en catalán se prohibieron. En la Administración, muchos puestos de funcionarios fueron asignados a personas que no sabían catalán. También en educación se nombró a profesorado procedente de otras regiones: "El desconocimiento o el habitual desuso del idioma oficial por parte de los servidores del Estado en actos de servicio debe ser causa justificada bastante para invalidar en absoluto su condición de funcionarios estatales e incapacitarlos para el ejercicio de funciones públicas".

Además de estas medidas, el que fuera primer gobernador civil de Barcelona emitió en 1940 una circular que prohibía a todos los funcionarios hablar en catalán. No podían usar el catalán ni con los usuarios ni entre ellos. "A partir del día primero de agosto próximo, todos los funcionarios interinos de las corporaciones provinciales y municipales de esta provincia, cualquiera que sea su categoría, que en acto de servicio, dentro o fuera de los edificios oficiales se expresen en otro idioma que no sea el oficial quedarán *ipso facto* destituidos, sin *ulterior* recurso".

Se eliminó el catalán de los nombres de plazas y calles, cambiando las placas: Plaça de Catalunya se convirtió en "Plaza del Ejército Español", Passeig de Gràcia en "Paseo General Mola", Diagonal, en "Avenida del Generalísimo", etcétera. Se españolizaron los nombres de pueblos y ciudades y se destruyeron las estatuas de los catalanes que marcaron la historia. Los dueños de todo comercio debían cambiar sus escritos al castellano. La prensa difundía las sanciones que recibirían en el caso de no cumplir con ello: multas altas, pero también penas de prisión.

No sólo se impusieron prohibiciones, sino que se llevó a cabo una descomunal propaganda a favor del castellano y en contra de las otras lenguas. Por toda España, carteles y camiones portaban mensajes como "No ladres, habla la lengua del imperio", "Si eres español, habla español", "Habla en cristiano", "Sea caballero, hable en castellano". Cubrieron de propaganda todas las regiones bilingües, no sólo las que hablaban euskera, catalán, valenciano y gallego, sino también las que hablaban astur-leonés, aragonés y occitano.

Todo ello suponía, claro está, vincular el prestigio social al castellano. En este sentido, se menciona el desarrollo de cierto autoodio en los hablantes de lenguas minorizadas. Recordemos que, en los años anteriores al franquismo, surgió en Euskal Herria un renacimiento cultural equivalente al catalán denominado *Renaixença* (el movimiento literario *Euskal Pizkundea*, las primeras ikastolas, las revistas en euskera, la creación de *Euskaltzaindia*...). El franquismo interrumpió estos movimientos y fusiló a algunos de sus miembros (como Lauaxeta y Aitzol), mientras que otros tuvieron que huir al extranjero. Sin embargo, no podemos olvidar otros factores que influyeron notablemente en la situación de estas lenguas: el desarrollo de la industrialización y de las ciudades, la expansión de una clase media, la creación de grandes medios de comunicación, la generalización de la escuela... No obstante, en las últimas décadas del franquismo, resurgió la lucha por la recuperación de la lengua.

En marzo de 1939 se leía en *El Noticiero Universal* de Barcelona: "Muy apreciable la lengua catalana en el ambiente doméstico y familiar: muy apreciable también como signo de tradición". En cambio, en ese mismo periódico, en abril de 1939, el catalán se denominaba "factor contrario a la grandeza de España".

No sólo se impusieron prohibiciones, sino que se llevó a cabo una descomunal propaganda a favor del castellano y en contra de las otras lenguas. Por toda España, carteles y camiones portaban mensajes como "No ladres, habla la lengua del imperio", "Si eres español, habla español", "Habla en cristiano", "Sea caballero, hable en castellano".

Cubrieron de propaganda todas las regiones bilingües, no sólo las que hablaban euskera, catalán, valenciano y gallego, sino también las que hablaban astur-leonés, aragonés y occitano.

Hacia la década de 1950 se hizo evidente una flexibilización en la persecución lingüística. En el caso de la lengua catalana, esto se dio antes y de forma más visible.

LAS ÚLTIMAS DÉCADAS DEL FRANQUISMO

Hacia la década de 1950 se hizo evidente una flexibilización en la persecución lingüística. En el caso de la lengua catalana, esto se dio antes y de forma más visible, como nos muestran los siguientes ejemplos. En 1944, en las facultades de Filología Románica, se volvió obligatorio por ley impartir la filología catalana. En 1945, patrocinado por el Gobierno y con su subvención, se celebró el centenario de Mossèn Cinto Verdaguer, una de las grandes figuras de la literatura catalana. En 1946, el poeta Salvador Espriu comienza a publicar en catalán. En 1946, se legalizó el teatro en catalán. También se permitió la edición de libros, pero limitada a ejemplares clásicos o folclóricos. En 1951 y 1952 se publicaron dos gramáticas históricas catalanas. En 1947 se le concedió el premio de novela Joanot Martorell a una obra escrita en catalán. En 1949 nace el premio de cuento y novela Víctor Català y los premios Aedos para biografías. En 1951 se otorgó a la poesía catalana un premio de ámbito estatal con una dotación económica equivalente a la española. Ese mismo año, se creó Ediciones Selecta para obras escritas en catalán, y Josep Pla recibió el premio Joanot Martorell por *El carrer estret*.

En cuanto al euskera, el cambio de actitud fue más limitado y tardío. Esto se debe a la relación entre la cultura vasca y la oposición política, que se estaba fortaleciendo en esa época. En 1959 se creó la organización armada Euskadi Ta Askatasuna. El régimen franquista autorizó ciertas iniciativas culturales no politizadas, pero mayoritariamente

dentro de la iglesia, en zonas folclóricas, o en iniciativas privadas muy controladas. Se permitió la publicación de unas pocas obras filológicas "científicas", como la *Gramática Vasca* de Luis Villasante en 1943 o las obras históricas de Manuel Larramendi entre 1947 y 1958, enmarcadas en etiquetas como "folklore" o "lengua regional". La razón para aceptar la publicación de las obras era siempre el "interés filológico, histórico o religioso". Las revistas culturales en euskera no fueron prohibidas, pero debían actuar siempre bajo estricta vigilancia. *Eusko-Jakin-tza* (1947-1953), revista científica y filológica, fue autorizada por carecer de contenido político. *Egan* (a partir de 1950), publicada por la Diputación de Gipuzkoa, era semioficial, escrita en euskera, pero muy controlada. La revista *Zeruko Argia* (años 60), a raíz de considerarse una revista religiosa, fue autorizada en el marco de la prensa católica. Sin embargo, no debemos pensar que este cambio de actitud hacia las lenguas fuera absoluto. Ejemplo de ello puede ser que en 1965 se ordenó el cierre de la radio de Loiola por tener demasiados programas en euskera.

Pero el movimiento a favor de la lengua estaba cobrando fuerza: se empezaron a fundar ikastolas de nuevo, dando continuidad a la vía prefranquista. Desde principios de la década de 1960 se organizaban clases nocturnas para que los adultos

Comparado con el catalán, el cambio de actitud respecto al euskera fue más limitado y tardío. Esto se debe a la relación entre la cultura vasca y la oposición política, que se estaba fortaleciendo en esa época. En 1959 se creó la organización armada Euskadi Ta Askatasuna.



aprendieran euskera. También se publicaban varias revistas clandestinas. Se estaban creando fuertes movimientos culturales en torno a estas lenguas. En Catalunya se constituyó *Òmnium Cultural* en 1961 y *Nova Cançó* fue un movimiento del ámbito de la música. Haciéndose eco de ese nuevo viento procedente de Catalunya, en Euskal Herria surgió *Euskal Kantagintza Berria*, y cómo no, dentro de ella, el movimiento *Ez Dok Amairu* (1965).

En 1964, TVE emitió su primer programa de televisión en catalán y por ella pasarían, entre otros, numerosos artistas del movimiento *Nova Cançó*. En 1966, la emisora de radio Tarragona comenzó a emitir un programa sobre enseñanza en catalán, patrocinado por el Ministerio de Información y Turismo de la provincia. En 1967, la Diputación de Barcelona acordó impartir clases de catalán en todos sus centros culturales y creó la cátedra de Lengua Catalana en la Facultad de Teología de Sant Cugat (Barcelona).

En 1970, en el marco de la Ley General de Educación, se autorizaron las lenguas "nativas" en la educación, aunque inicialmente de forma restringida. No obstante, en 1975, se estableció, en un decreto firmado por el propio Franco, que se podían utilizar lenguas distintas al castellano, "en todos los niveles de la educación", aunque se determinó que esto no sería aplicable en el bachillerato. Ese mismo año, se publicó otro decreto en el que se establecía que "el conocimiento y uso de estas lenguas se protegerá por la acción del Estado" y autorizaba el uso de "todos los medios de difusión de la palabra oral y escrita", pero manteniendo el castellano "como lengua oficial de la nación y medio de comunicación de todos los españoles" para utilizarlo "en todas las actividades de los órganos superiores del Estado, de la Administración Pública, de la Administración de Justicia, de las entidades locales y demás corporaciones de derecho público". Asimismo, se estableció que



el castellano "se utilizará en los escritos o solicitudes que se dirijan a las mismas [instituciones públicas] o que surjan de ellas". Con ello, se levantaron oficial y formalmente las prohibiciones de uso público de las lenguas periféricas que estuvieron vigentes durante los casi cuarenta años de dictadura, pero el castellano se confirmó como única lengua oficial en todos los niveles y expresiones de la administración pública.

La política de apertura del régimen moribundo debe entenderse en el marco de una política de contención y concesión. A partir de 1945, el régimen se fue trasladando hacia un autoritarismo burocrático, un catolicismo nacional y una tecnocracia económica. Se puede hablar de la decadencia de la Falange ortodoxa. La Falange ideológica perdió peso y, a la hora de tomar decisiones, la idea de su monolingüismo radical dejó de ser central.

De hecho, el régimen necesitaba mejorar su imagen exterior. Las democracias europeas veían la represión lingüística como un elemento autoritario. Ligada a la necesidad de legitimación internacional, esta apertura cultural limitada fue un intento de mostrar una España moderna y tolerante. Los nuevos ministros tecnócratas del Opus Dei tenían un plan para modernizar el país. Su objetivo era la economía, no la uniformidad cultural. Por ello impulsaron una política más pragmática: si la cultura local ayudaba a atraer turismo o a lograr estabilidad social, no constituía un problema.

Mediante un decreto de 1975, se levantaron oficial y formalmente las prohibiciones de uso público de las lenguas periféricas que estuvieron vigentes durante los casi cuarenta años de dictadura, pero el castellano se confirmó como única lengua oficial en todos los niveles y expresiones de la administración pública

El régimen comprendió que la evidente represión cultural podía alimentar aún más la fuerza de los movimientos sociales, los nacionalismos y la lucha armada

Al mismo tiempo, estaba la presión cultural y social, ya que, como se ha mencionado, estaban surgiendo renacimientos culturales en Euskal Herria, Catalunya y Galiza. También en el seno del catolicismo se reforzó el uso de las lenguas locales. En los años 60 el contexto lo conformaban las huelgas obreras, los movimientos estudiantiles, los nacionalismos vasco y catalán renovados y la lucha armada. El régimen comprendió que la evidente represión cultural podía alimentar aún más la fuerza de estos movimientos. Aunque los censurase, no podía golpear del todo a estos movimientos sin asumir costes políticos. El cálculo político era, pues, el siguiente: controlar sin crear más conflictos. El régimen permitió expresiones folclóricas o culturales para evitar que todo se politizara.

El cambio en la política lingüística a partir de 1950 debe entenderse en el contexto del pragmatismo político, ligado a la legitimación externa, al cálculo respecto a la oposición, a la gestión social y al pacto con las élites locales; pero, sobre todo, como una estrategia para evitar que la opresión de las lenguas se convirtiera en una oportunidad de politización, para impedir que se unificara con otras luchas a favor de un cambio integral de régimen.

Tampoco hay que olvidar que en Catalunya y en Euskal Herria, en particular, el franquismo estaba ligado a burguesías industriales muy relevantes. Estas élites, aunque conservadoras y mayoritariamente no nacionalistas, tenían cierta sensibilidad hacia la cultura local, y Franco necesitaba su colaboración para su desarrollo económico y paz social. Por ello se aplicó una tolerancia selectiva hacia expresiones culturales que no estaban vistas como subversivas.

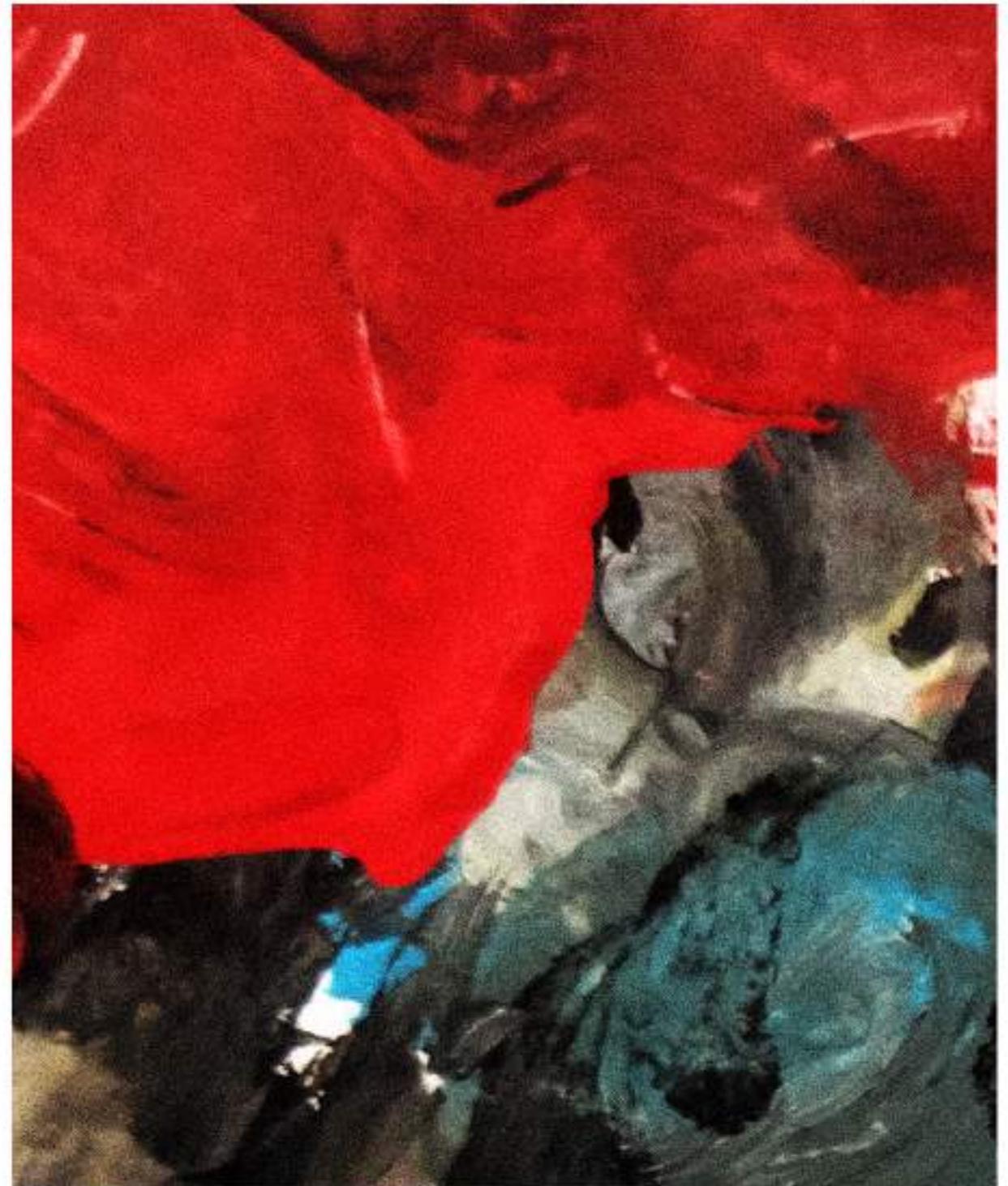
Ahora bien, todo esto debe enmarcarse en la tensión interna entre perspectivas favorables y opuestas a la apertura del régimen franquista en fase de descomposición, en un intento desesperado de dar continuidad al moribundo régimen.

El régimen permitió expresiones folclóricas o culturales para evitar que todo se politizara

CONCLUSIONES

Aunque al principio existía en la Falange Española una visión que situaba las lenguas y culturas locales como una riqueza de España dentro de la identidad española, en un contexto de violenta cruzada contra el separatismo, el franquismo llevó a cabo, mediante propaganda y prohibiciones, una violenta política lingüística contra lenguas distintas del castellano.

A partir de la década de 1950, sin embargo, se produjo un cambio en la política lingüística. De forma limitada y controlada, y ligada a un interés puramente científico, religioso o folclórico, se empezaron a autorizar algunas publicaciones e iniciativas en lenguas locales. Esto debe entenderse en el contexto del pragmatismo político, ligado a la legitimación externa, al cálculo respecto a la oposición, a la gestión social y al pacto con las élites locales; pero, sobre todo, como una estrategia para evitar que la opresión de las lenguas se convirtiera en una oportunidad de politización, para impedir que se unificara con otras luchas a favor de un cambio integral de régimen. ●



Publicación

NOVIEMBRE 2025

EUSKAL HERRIA

Coordinación,
redacción
y diseño

**GEDAR LANGILE
KAZETA**

Web
GEDAR.EUS

Redes sociales

TWITTER E
INSTAGRAM

@ARTEKA_GEDAR

Contacto

**HARREMANAK@
GEDAR.EUS**

Suscripción
**GEDAR.EUS/
HARPIDETZA**

Edición
**ZIRRINTA
KOMUNIKAZIO
ELKARTEA**

AZPEITIA

Depósito Legal
D-00398-2021

ISSN
2792-453X

Licencia



Nota de los editores: Las ideas, afirmaciones y conclusiones contenidas en Arteka son de los autores que firman cada artículo.

arteKa

